ARMANDO TEJADA GOMEZ

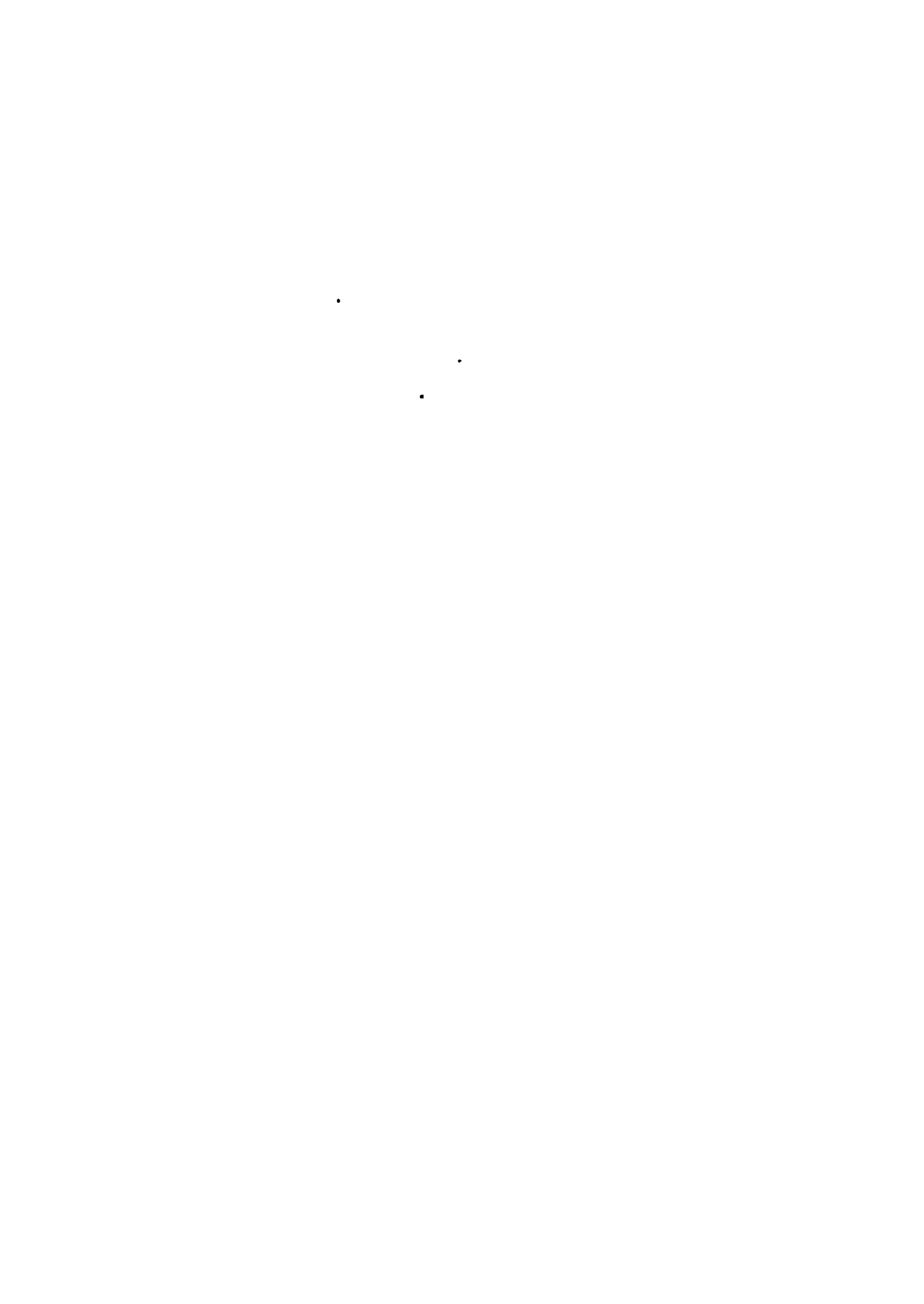
AMANECER BAJO LOS PUENTES

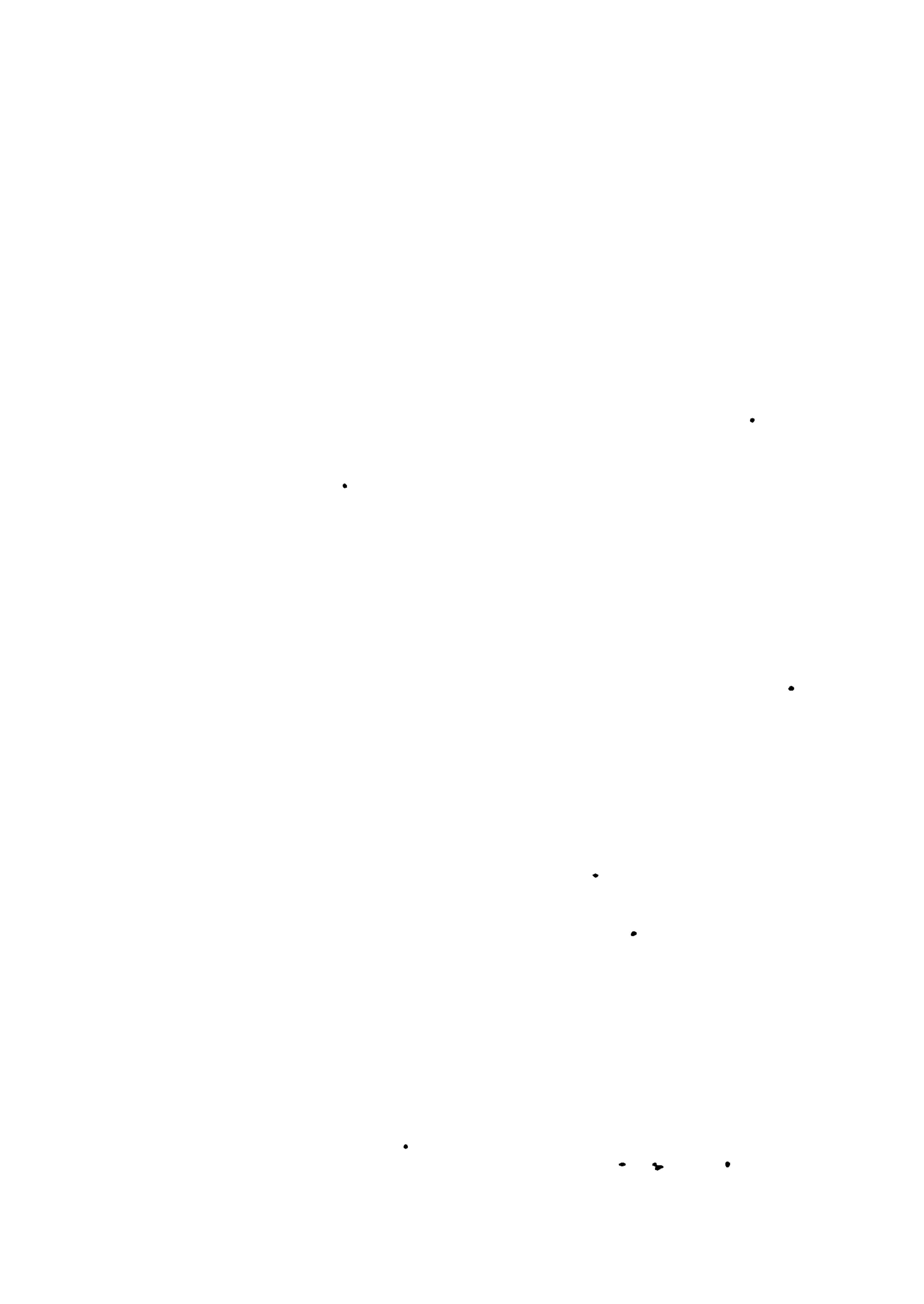
JUAREZ EDITOR



Sobisch







AMANECER BAJO LOS PUENTES

San Martín 1033 - 3º B - Buenos Aires
Hecho el depósito que marca la ley Nº 11.723

Impreso en Argentina. Printed in Argentina, 1971

ARMANDO TEJADA GOMEZ

AMANECER
BAJO LOS PUENTES

JUAREZ EDITOR
Buenos Aires



1

Por no saber de dónde le venía el misterio, es que el Canal-Zanjón vertía del origen.

Porque según se supo en dichos y consejas, él estuvo desde antes empinando lo verde. Y su color terrestre descendía del agua, se golpeaba en las piedras de arena detenida desde un tiempo remoto perdido para siempre como un tajo inocente en medio de la tierra.

Y ya el abuelo indio de torpe alfarería solía amasar barro con saliva y silencio en sus márgenes cálidas donde el sol preñador iba y se demoraba todo lo que quería.

Al Oeste, el deshielo sangra apaciblemente. Allá arriba es tan clara el agua, que la espuma, se abre entre las piedras como una flor de sal: pero infinitamente repetida. Después cunde en la tierra casi con un ~~resultado~~ y se deja llevar por el planeta: perezosa, desnuda, gozando su abandono: va cambiando la piel de espuma por el limo y luego, ya carnal, baja a lo húmedo para urdir el regreso del árbol milenario.

resuello

Del lado Este, quedaba la Feria y su bullicio y el Callejón Los Andes que moría en el Puente. En su margen Oeste, se achicharraba al sol el Barrio de Las Latas, desde el Puente Zapata al Puente de Los Leones, unos seiscientos metros entre cañaverales. En el medio, los Saltos, con una "olla" grandota donde el cauce caía con fuerza de cascada y era, para nosotros, el sitio del verano. El Guaymallén divide la ciudad en dos partes. Cada puente era un feudo de cirujas, pandillas, papeleras, borrachos, escondite nocturno y "hotel" de los alzados. El Zapata era nuestro. En el otro concluía la agonía del Barrio, vecino a los corrales del viejo Corralón Municipal. Ardía allí el candil de un famoso boliche: el de "La Pastelera" y un mugriento almacén: "El Gaucho", de Abdón Bala. La Feria hacía un triángulo: el vértice enclababa frente al Puente Zapata. Ahí, en un gran baldío, estaba el basural, una tierra de nadie donde éramos iguales.

Por no saber de dónde le venía el origen, yo le inventé al canal su Trapalanda: una ciudad de miel y chocolate. Y como se perdía aguas arriba, me gustaba pensarla en las montañas, allá donde el Oeste, entre colores, incendia las polleras de la tarde. Me obsedía la magia del canal, la lengua cancionera de sus aguas.

Que yo lo vi pasar y era sonido, rumor de no acabar, canto rodando; le bullía un zumbido de alacranes, un ruido moscardón, culebra, cauce. La siesta era una abeja en sus orillas, un la bemol, un sí, un nomeolvides: el sopor de la arena entre los muslos, el do

ayor del Salto sostenido toda la tarde, toda, todo el
:mpo del agua que bajaba de los siglos.
Ahí, en ese zanjón de los abuelos que afinaba violi-
:s en los mimbres, me acostumbré a la magia de las
sas y me apropié la índole del grillo.



2

Yo, simplemente, vine a nutrirme de asombro. En mi niñez, recuerdo, me anegaba lo bello como un agua sencilla. Ni siquiera recuerdo cuándo dolió primero esta sangre que llevo. No hay una fecha exacta de mi arribo al espanto. Entraba a los misterios como Juan por su casa y andaba enloquecido de tanta maravilla. Todo esto sucedía de manera inocente. No escuchaba el crujido, las roturas del día ni el dolor de los árboles gastados por el viento. Simplemente crecía: con la simple opulencia de un fruto en el verano. Ni siquiera sabía que lo hermoso era hermoso: mi padre inaccesible con su sombra gigante, mi voz, que no sonaba aún sino por dentro, el aroma a regazo que envolvía a mi madre. Era como el reverso de la muerte y el grito. Andaba por la vida húmedo de milagro.

No digo que recuerdo, pero mi país era casi de un verde siempre. Por donde uno anduviera lo seguían los árboles. El canal rumoroso lo partía en el medio y luego se perdía por los cañaverales. Mi país era bueno, loco de puro grillo, lleno de sol, maduro, con sus lentos caballos. El agua, madre y greda, verde de yerba mota, nos lavaba el racimo de las uvas moradas.

Jugábamos al río con el Canal crecido, robábamos duraznos de corazón dorado, hacíamos fogatas altas como nosotros y esperábamos siempre que sucediera algo. Allí supe que puede suceder lo increíble apenas uno quiera penetrar y habitarlo y sólo estar y estarse padeciendo el misterio, quietecito, en silencio: sometido al silencio potente de la sangre.

De esa verde memoria es que conozco el llanto:

Traía un pan enorme. Detrás mío, la tarde se iba poniendo pálida. Entré en el Callejón desenredando un silbo que quería aprender y que no había caso . . . Fue cuando abrí la puerta que el llanto se me vino. La casa estaba llena de ese clamor extraño. Nadie me vio. Era el grito. Su primer estallido. Mi madre como un trapo con el rostro en las manos. Mis hermanos, el perro, la soledad más terca y el miedo, el lento miedo cavando en mi garganta: de golpe el llanto crudo, su jauría en mi casa.

—¡Papá!, —grité, ya herido por el miedo y el grito. Y me volví a buscarlo sin saber que lloraba. Cuando entré al Callejón la tarde ya era vieja. Yo corría aterrado en busca de mi padre.

Después regresé al llanto, solo como el olvido, y un gran rito de sombras me aguardaba en la casa.

3

Tajeaba el sol al Barrio de Las Latas, infierno basural allá debajo. Una escalera azul de aire canalla subía a un cielo rata y castigado.

Crecíamos allí, urgando el mundo que nos llegaba roto, triturado, construyendo en su oscuro deterioro el rostro inmemorial de la esperanza; porque siempre brillaba algo en la mugre, siempre había una chispa centelleando y en medio del fragor de lo destruido algo de ignota vida era salvado por nuestras manos de escarbar el fondo, las costuras del mundo, su naufragio, buscando en los pedazos del olvido la estrella rota de los basurales.

—¡Se nos vienen Los Jotes!, —carcajeaban los Carreros al vernos en bandadas asediar el ruinoso traqueteo con que trizaba, a la mañana, el carro. Hombres con voces de quebrar maderas, peones de vida cruel y vino amargo, vengaban en nosotros, si podían, la tonada humillada, el mal tabaco, la perra suerte de vivir muriendo entre el chirrido funeral del carro.

En el Boliche de La Pastelera era larga la noche. Demoraban el trago redentor, el vino pobre, la bruta

soledad y sus fantasmas. En el calor espeso del boliche era un incendio turbio la guitarra. Entonces nos dejaban arrimarnos, aterridos de miedo, hasta sus llamas.

El Tiburcio, guatón, fiero hasta el hueso, siempre hablaba del mar cuando tomaba, se nos ponía bueno de repente y una tonta ternura lo maneaba.

—¿Cómo es el mar, Tiburcio?

—Che, Tiburcio, hablá del mar . . .

—Azul hasta la enagua. Le toca el culo al cielo . . .

—¿Qué le toca?

—El mar es como el cielo, pero abajo.

Era de verlo, repechando el vino, despeñando los ojos por las lágrimas. Caído hacia lo triste repetía:

—¡El mar es el tamaño del tamaño!

—¿El tamaño de qué . . .?

Se le caían por el labio inferior raras palabras de turbia enormidad y sortilegios quemados en la sal del mar que amaba y que emergía con la borrachera de la chispa recóndita, enterrada en ciertos sitios de la sangre donde su animal regresaba hacia la infancia.

El guatón dijo el mar, la espuma, el cielo, dijo la enagua azul, habló del agua que lejos de los ojos era lejos como el cielo y el mar que nos contaba. Pero algo nos sonaba en lo más niño, en lo que persistía tierno y claro, algo como colores sin orillas por detrás de lo ruin, ahí en lo mágico que no retrocedió ni aun doliendo en lo feroz de aquella madrugada cuando

supimos al Tiburcio muerto de puro mar y cuatro puñaladas.

Ya nadie habló del mar. Todos supimos que el mar es como el cielo, pero abajo.



4

Los dos sabíamos que no era cierto, pero a mí me encantaba contárselo y a él, al Toto, le encantaba escucharme.

¿De dónde podía haber tenido yo, su hermano, un caballo que se llamaba Marcial y que tenía una estrella entre los ojos de enorme lucidez como dos noches? ¿De dónde podía tener yo la casa, de puro y pleno sol que no teníamos? Pero nos gustaba a morir tener un caballo que se llamaba Marcial con una estrella y una casa de sol grandote, tamañazo, revez más bien violento de la madriguera de abajo del puente donde dormíamos con el solo calor de nuestros cuerpos y el pedazo de trapo o arpillera que habíamos robado andá a saber adónde, porque hacía ya rato que andábamos alzados, huyendo a la ternura furiosa con que la Mamá nos azotaba, a manotones con la miseria que llegó con cuatro velas y sin sopa el día que se llevaron al Papá, totalmente dormido como lo recuerdo, los cuatro peones de la Municipalidad, porque no había cómo ni quién entre nosotros.

Desde entonces —o de antes, según la versión de mis hermanos mayores— para comer había que aviarse o procurarse o como se dijera al modo nuestro,

toda vez que no había nada que comer de una manera absolutamente seria y definitiva. Por lo que cada cual, allí donde estuviera, se las tenía que arreglar con las dos manos, las diez uñas, los dos pies, las rodillas, los codos o la mismísima madre querida que nos trajo al mundo, sólo para verse sola con nosotros delante, ocho que quedábamos de los veintitres que parió, sin contar a Manuel y Nazario que eran, fueron, asuntos de mi padre que debe haber tenido también su mediodía en medio de la cueca o acaso, si cantaba, su caliente abriboca para después del vino, como siempre sucede cuando uno es disponible.

Así es que yo, penúltimo, número veintidos, casual, inevitable como cualquier resfrío, debía procurarme. Y el Toto, como yo, casual, inevitable, a patas por la calle, procuraba conmigo. Pero a él le encantaba acortar el camino, escuchándome hablar. Así es que conveníamos lo que yo le contaba. Era un pacto de honor. Jamás se le ocurrió hacerme zancadillas ni exigirme las pruebas de los hechos contados. Me dejaba mentir en su provecho. Y yo inventaba cosas: milagros, maravillas, le contaba películas partiendo del afiche aunque los dos sabíamos que ninguno sabía y ferozmente menos que existiera un caballo Marcial con una estrella y una casa solar con jamones y sol, como decía. Pero quiero jurar que nos hacía bien. Pero puedo llorar por estas cosas. Fueron años enteros: de los seis a los doce o algo así. Toda nuestra inocencia supongo que sería.

El Toto me llevaba un año y medio. Raúl, un poco más. Lucas, toda una vida. Lucas fue de linyera y

volvió proletario, condición que aprendimos por el cuarenta y cinco, después, cuando Perón prendió fuego en nosotros y llamó a los bomberos. Caso que ahí quedamos: del trabajo a la casa, de la casa al trabajo, pero esta es otra roncha como dijo el mosquito. Cuento que yo contaba, que le contaba al Toto historias con caballos, que íbamos a la Imprenta, que sacábamos diarios con la muerte del Papa, creo que Pío X, creo que Pío XI. Entonces ardió España de su luz y su sombra, pero ganó la sombra, es decir la ceniza, según me fui enterando por Pablo y por Vallejos. Un día de esos días deben haber sitiado de muerte a Federico. El sería noticia en ese entonces. ¿Habré voceado yo su muerte enorme? No recuerdo en mi voz esa agonía. Juro que no recuerdo y que me duele, como suele pasar en las peleas: después viene el dolor, después se hincha. Después puedo gritar: "¡Y fue en Granada!" ¡Carajo, fue en Granada! ¡Qué sabía . . . Ay, don Antonio, abajo del ciruelo; ay, padre de mi voz, puedo jurarle que yo recuerdo que tenía frío, que no recuerdo si grité esa muerte, que no puedo acordarme del olvido!

Pero todo era así: feroz y hermoso, vital, canalla, límpido, grosero; alucinante, duro, sustancioso; soez, maligno, espeso, miserable; todo era iniquidad, nazi, jocundo; asesino, Guernica, Alcazar, canto; miedo, trepidación, zarpa en la sangre; concentración, Ejército del Ebro; era la chispa, el grito que no vuelve, París, aliados, Londres, bombardeos; tremaba el Rider Digest por manteca y supe Praga, Maginot, Dunkerke; todo quemaba como Stalingrado y dije

Partissanos o Salernos, un fuego súbito en el que todo ardía en tanto yo tenía un hambre ciego, particular. insomne, permanente, un hambre mío en medio del infierno, un hambre de siete años cabalgando sobre un Marcial caballo y sobre un cuento, que al Toto le gustaba que contara, aunque supiéramos que no era cierto.

5

Y de tarde, las viejas, dale con que le dan a la lengua una legua, todo un atardecer, una biblia completa. Roncas de agorerías o chismes como arañas que sueltan por debajo de las negras polleras y entonces se persignan un Dios descuartizado, porque todas lo trinchan y ninguna lo deja, comadres como son, comadre y comadreja, hurgueteando la piel de media humanidad, mordiendo la piedad y royéndole el hueso, puesto que no les queda sino los dos colmillos y un rencor cejijunto que se muere de viejo.

Y ahí están: puro daño, rumor de apocalipsis, esperando el incendio que se tragará el mundo, porque total ya ardieron esos años del hipo, un tiempo de suspiros y zurcir y parir y ver venir a su hombre azul de borrachera, llorándose, puteando, con los ojos dormidos, porque ellos son muy machos pero para mamarse que es el modo más torpe de volver a ser niño y llorar y llorarse y moquear medio siglo, porque la puta suerte los revuelca en el vino y tienen casi siempre triste la tomadura y son nomás la borra amarga del gemido.

De manera que entonces ya no quieren a nadie, persiguen a los perros y ahuyentan a los niños, hacen sonar el mate como a una trutruca que estremece la tarde y apaga las hogueras. Dicen:

—Va rojo el sol

—De seguro, tormenta

—Anda cerrao el cielo

—La luna viene llena

—Se acordará, comadre, de la otra crecida

—Pujjj . . . media vez que llueve

—A ver si es de creciente

—No, Dios no ha de querer

—Andaba de agua el cielo esta mañana

—Pujjj . . . media vez que truena

—Cuando va rojo el sol, seguro que hay tormenta...

Y de tarde las viejas se muerden el olvido, revuelven los recuerdos y escupen el pellejo. Ya no les queda nada sino mirar adentro y ver cómo la sombra hace sombra por dentro. Entonces que se queme la llama por el tallo y venga el agua y traiga furor y cataclismo, por ahí, a dos zancadas de la luz que no vuelve todo verdor perece, más bien ha perecido y si la muerte viste de cenizas totales es justo que la muerte sea la muerte y mate, ya que como se ha dicho existe el fin del mundo y todo volverá y seremos juzgados. Es porque el mal de muchos es consuelo de tontos y si todo muriera yo también moriría, porque la muerte es vieja y no sabe otra copla y ya se ha puesto dulce, simple como una tía, acaso porque nunca morirá si no muero y Dios tira las cartas, ríe, pero

no juega: él, desde atrás del tiempo ve suceder al tiempo y arma y desarma y arma el telar de la vida.

Tal como lo dirían las viejas yo lo digo, digo que yo lo digo como ellas lo decían, en tanto que la tarde caía de los árboles y ellas juntaban sombras y la lluvia volvía.



6

Lucas era el mayor. Fue "golondrina". Linyera pecho al viento. Transhumante. Me trajo el mapa en su palabra lenta. Lo extendió en mis silencios cardinales. De su decir salían las regiones con el sonido mágico del aire.

Raúl, el Toto y yo, nos lo bebíamos cuando volvía de gastar sus pasos: por Tucumán zafrero, por San Luis, por Tartagal tabaco, por La Pampa y el olor a trigal de su camisa y la fuerza terrestre de sus manos. Nunca trajo más pan que una leyenda. Volvía acaso peor: deshilachado. Pero en sus ojos de mirar las cosas se asomaba un país desmesurado. Y desde ahí yo vi los altos pinos, los ríos descuercando soledades, la salina lunar, la piedra cósmica, la agonía arenal de la distancia. Parecía país por lo inasible. Iba y venía por un viento largo, colgándose a los trenes que partían bajo las nubes lerdas y cansadas.

Como el Papá, ya entrado en el silencio, no podía apañar a su rebaño, nosotros reprochábamos su ausencia, sus largas evasiones, sus dos trancos. Porque el Negro, ya mozo, bien podía combatir la intemperie, protegernos, ocupar su lugar, hacer de padre, según era el lamento de esos días en la dura protesta

de mi madre. Pero él era del viento. Golondrina. Rastro en las siete leguas del verano.

Vino y contó:

—Con Macho y Flores, dos grandes compadres que me hice no recuerdo en qué camino, le dimos a la Zafra un mes entero sin gastar más que el trago y la comida. Así que calculamos un platal. Ya cumplido el trabajo lo pedimos y el Administrador nos hizo cuentas y quedamos sin perro ni destino. Nos dijo que los gastos eran largos y recién para el año pagaríamos.

Era en la finca de don Patrón Costa. Así que, como siempre, al fin debíamos. Nos quedamos ahí no sé qué tiempo sin hablar, sin movernos, demolidos. Y luego, por la noche, en las fogatas, vino el despojo y escupió el instinto.

—¡Puta que los parió!, —se dijo Flores.

—¡Mierda!, —despreció Macho. Yo era un grito.

—¿Y qué hacemos aquí, meta sobarla? —Les dije, dije, me grité a mí mismo. Ahí estaban los machetes, ahí estaban: después de un mes de Zafra, puro filo.

—Deje subir la noche, —dijo Flores. La luna puso su candil en vilo. Los tres nos apiñamos al silencio y el silencio era largo como un siglo. La noche de los coyas, dormidera, trepaba en el alcohol, se desgraciaba, buscaba el animal por el origen, los maneaba en un sueño enredadera. Al año, volverían en los trenes a inmolarse en la Zafra y en las cuentas. Nosotros nos miramos con un ojo. Pelamos los machetes. Nos erguimos. La fogata moría entre las brasas. Macho le pateó tierra a la ceniza.

—¡Vamos!, —les dije yo por decir algo. La luna estaba en ancas de la tierra.

—Y cobramos lo justo, —dijo el Negro. El Administrador pagó mansito. Después fuimos perdices por el monte, mintiéndole la sombra a los milicos. De ahí nos sacó un tren que iba a Santiago y sol feroz nos parecía un himno.

Esa era su aventura geográfica. Su andar por un país de carne y hueso: Asaltaban los trenes por el agua en las desolaciones del desierto. Una por una, todas sus historias, liberaban las ganas de leyenda, nos mostraban un ámbito gigante para ir creciendo con la patria puesta. Aunque mi madre lo crucificara con un rezongo insomne y sus zalemas, el Negro nos crecía en cada viaje y era el pariente de las epopeyas. Raúl, en la frontera adolescente, le aprendía canciones, lo seguía, salían a hacer changas y volvían con la noche a media asta, pura risa. Yo oía que la madre los retaba:

—Y claro, de tal palo, tal astilla . . .

Después, el sueño me llevaba lejos, era un canal el sueño, me dolía, el agua estaba llena de machetes y el Administrador era mandinga, salía de los bosques y era incendio: un ojo degollado, otro en cenizas, Macho montaba una locomotora y Flores con la mano hacía un río. Yo iba por el canal y era creciente el sueño, el agua, el solazo, el júbilo, porque adentro me urgía tanto clima, tanto verdor de lejos, tanto mapa, la mera inmensidad, ese misterio de intermi-

nable luz hasta la entraña. La patria nos venía desmedida en la palabra simple de mi hermano y era la patria una aventura inmensa en la raída voz de su palabra. Por eso es que servía para sueño, aunque la realidad la maniatara, por eso la soñamos tercamente y era un mapa de amor, la madrugada.

Cuando volví del sueño llamé al Toto. Afuera, la mañana estaba escarcha. La Mamá ya era lágrima de nuevo. Creció la soledad. Raúl no estaba.

7

De la guerra supimos por don Jaime, el judío:

—Yo compre todo bronce, —decía al vecindario. Así que las familias, en brigadas compactas, oteaban tenazmente el paso de los carros. Pero ya los Carreros estaban en la cosa. Y allí se armó otra guerra, pero por la basura: entre los basureros y el Barrio de Las Latas.

Nadie, que se supiera, tenía más derecho a buscarse la vida en el gran basural. Nunca fue de otro modo. Sólo que en otros tiempos era cosa de viejos, de tontos como El Trufa o de las Papeleras sin dientes del canal, pero cuando don Jaime comenzó a comprar hierro se agitó el avispero y empezó la maldad. Casi a diario se armaban las batallas campales: familias con familias, Cirujas con Carreros y pandillas de chicos del Callejón Los Andes con pandillas del Barrio o de la calle Unión. El basural fue entonces una crueldad sin madre, un senado del odio, una furia de Dios. Afloraron de un golpe los rencores dormidos, antiguos entredichos, gangrenales de horror. Cada carro era un ciego combate, diez peleas de niños, peones, perros, vagos, brujas y yo. Supe que era la guerra porque nos creció el odio semanal, minucioso,

recóndito y atroz. Vino la policía cuando lo del Tiburcio. Funcionarios, personas de aire municipal. Yo oí cuando don Jaime le dijo a uno de ellos, sibilino, furtivo:

—Le compra basural . . . —Entonces prohibieron, por razones de higiene, "el acceso a la quema" y comenzó la paz.

Todo volvió al comienzo, pero la guerra ardía lejos, afuera, dentro, allá, en el medio, acá. Los viejos italianos hablaban en las plazas con grandes ademanes, con las pipas al sol. El diario era una llama de grandes titulares: ¡CAYO PARIS!, y el viento me apagaba la voz.

Con el Toto salíamos, niña la madrugada, bajo un cielo de hielo, caminando a saltitos para entrar en calor. Con un peso sacábamos veinte diarios exiguos. Era la guerra. El fuego. La llamarada allá. En las orejas duras me sonaba don Jaime, desde el frío lo oía:

—Le compra basural . . .

8

—¡Los pájaros . . .!, —gritaba y salía corriendo, boquiabierto, obsedido, con trote de caballo. Disimulando, entonces, le tiraban cascotes, hasta que el pobre Trufa volvía en sí de rabia.

—¡Tu madre!, —nos decía con los ojos enormes. Cuando se nos venía gritábamos:

—¡Los Pájaros . . .! —Y ahí quedaba. Estaqueado por su propia zoncera. Espantando fantasmas con grandes ademanes. La risa de nosotros y una ronda diabólica, le cantaba a los gritos:

—Los pájaros, los pájaros . . . —Y esa crueldad inútil de raposos famélicos, nos vengaba en el tonto la crueldad de la calle.

La Feria era de noche. Largas filas de carros aguardaban la entrada. Una fragancia de ajo y de cebolla frita venía de las fondas, pasaba torturándonos. Los duros chacareros fatigaban el ocio junto a un vaso de vino o una copa de grapa. Allí nos ofrecíamos:

—¿Le ayudo, hoy, don Ermindo?

—Me paga con verdura . . .

—¿Me da pique, don Juan?

—¿Eh, Avelino, ya tiene quién le descargue el pasto?

—Y . . . por cuidarle el puesto le cobro die centavo.

No era fácil oficio la vida a la intemperie. Era de pobre a pobre, de más o menos nada. El que agarraba "pique" ese día comía. Volvía con verdura o con "fruta picada". Cuando no había suerte, quedábamos de sobra. Merodeando un descuido para "tirar el gancho": un atado de acelgas, cuando el "gringo" vendía; un puñado de chauchas, un camote, un zapallo.

Hacia el amanecer venían las señoras, peleadoras de precios, gritonas como urracas; vigilaban el peso, regateaban dos horas, molían la paciencia y nunca daban changas. Sólo las viejecitas, cuando compraban mucho, eran clientas seguras y hasta la misma casa. Las familias pudientes traían la sirvienta. Nosotros aprendimos que cuando mucho: nada. Las monjas del Asilo venían con dos huérfanas de uniforme ceniza, iban de puesto en puesto, rogando, mendigando; nos costaba entender que "siendo del gobierno", tuvieran que pedir y no tuvieran plata. No era fácil oficio comer todos los días. El desquite era simple: y por eso robábamos.

Yo me apunté aquel Sulky con un "lío" de bolsas. ¡Y de bolsas de azúcar que valían setenta! Le hicimos ronda al Trufa —los pájaros, los pájaros— y en medio de la risa embaucamos a un chico que dejaron cuidando. Yo me resbalé el "lío" en menos de un suspiro y volé al escondite de los cañaverales.

—¡Un lío son cien bolsas! —Me entrecortaba el júbilo. Y después se me unieron el Toto y el Pelado. Fuimos entre las cañas, pegaditos al muro y cruzamos al Centro por las piedras del Salto. Buscamos a don Jaime, dijo:

—Setenta pesos . . . —y cuando abrí la bolsa vi dentro una frazada; seguí y lo que salía era ropa de niño: baberos, fundas, trapos, vendas, sacos, pañales . . .

—¡Carajo!, —dijo el Toto.

—¡Güevón!, —dijo el Pelado. Don Jaime, incontenible, se meaba de la risa:

—Por todo trapo viejo no doy ni die centavo . . .

Junté todo y me vine humillado hasta el hueso. Me tiraban cascotes el Toto y el Pelado.

—¡Trufa . . .!, —me gritó el Toto.

—Truuufaaa . . ., —cantó el Pelado. Bailaban detrás mío y me hacían la ronda, rencorosos, hirientes . . .:

—¡Los pájaros!

—¡Los pájaros!



9

Era un afiche casi de cuerpo entero. Cuerpo de un hombre obeso, un adulto muy serio. Una mano delante como de: pare ahí; un rostro patronal, próspero, casi feo. Se leía debajo:

"ESTE TRANQUILA LA NACION"

Pero por esas cosas de casi analfabeto, yo leía: ESTE TRANVIA LA NACION, por la ley de tinieblas que es el menor esfuerzo. Así que "este tranvía" del afiche ALVEAR-MOSCA, me sumía a dos puntas en un raro misterio: entre tranvía y mosca no supe qué era eso. Discutimos mil cuadras con el Toto el asunto —él deletreaba peor y casi no leía— por lo que sin quedarnos con eso de las moscas, decidimos los dos aceptar el tranvía.

La Nación, un tranvía: su imagen generosa, ese andar apacible por las tranquilas calles: subidos a su estribo gritábamos los diarios y acortábamos cuadras de tranvía en tranvía, esquivando la furia de algún Guarda colérico y el Mótormen solemne: la nación, un tranvía . . .

Nomás cruzado el puente, yo divisé el gentío. Corrimos con el Toto. Era media mañana.

—Se mató, —dijo un viejo. Quedamos espectantes. Vimos que señalaban la casa de portales a la que mucha veces fuimos a pedir pan. Nos quedaba de paso cuando íbamos al Centro. Salía una muchacha de delantal azul. Siempre nos daban algo: un pan, una manzana, hasta alguna tricota o un viejo pantalón. Al lado de la hermosa casa de los portales, vi un cartelón guarango, decía: CO-MI-TE. Subía el oleaje de las murmuraciones, acrecía el gentío, llegó la policía, todos interrogando:

—¿Qué pasó?

—Cómo fue . . .

Nosotros, con los ojos como de cuatro asombros, por entre tal gentío metimos la nariz. Y nos dábamos pisto con los recién llegados:

—Dicen que se mató . . .

—¿Se mató?

—¿Pero quién?

Nos alzábamos de hombros, orondos, importantes y yo sumé un detalle:

—De un tiro . . . yo lo oí . . . cruzábamos el Puente . . . —Y el estupor del Toto abrió tamaña boca, porque él no oyó ni supo que el viejo había dicho:

—Se mató. Fue de un tiro . . . —Y no sabía quién. Nadie sabía, claro. Así que allí quedamos. El gentío era enorme. La mayoría peones que venían, seguro, al formidable asado que daba el Comité. Cosa que fui sabiendo por pedazos de frases y que el hambre anotaba con feroz rapidez. En eso, y ululando, se vino la ambulancia, se propagó el silencio y una tensa quietud. Bajaron la camilla los dos hombres de blanco,

entraron y salieron con la muchacha azul. Se encrespó el vocerío. Le vi sangre en la frente, la boca abierta, creo. El Toto me miró.

—¡La sirvienta!, —decían.

—Ha sido la sirvienta . . . —Por la calle desierta la ambulancia ululó.

Caso que, ahí quedamos, pateando los cascotes. La gente, lentamente, caminó a sus asuntos. Un silencio sobraba para nosotros dos.

Alzado el medio día, tendido largo a largo, regresamos al Puente como quien vuelve a casa. El Tiburcio venía del Callejón Los Andes.

—¿Qué hacen los Jotes?, —siempre nos decían los Jotes. Era el apodo de los basurales. Y no sólo a nosotros. A todo el piberío del Barrio de Las Latas. Y si mal no recuerdo, dije que le temíamos al guatón del Tiburcio, porque sólo era bueno cuando andaba de trago. Pero ahí, a medio día, viéndolo sano y bueno, nos extrañó el saludo, así que recelamos . . .

—Vénganse al Comité. Hay asao pa' dos días.

—¿Al Comité, decís?

—Clarito, dijo el agua . . . —Iba alegre el Tiburcio. Nosotros nos miramos.

—Pa'l tiempo de comicios son harto generosos, sobra el vino y la carne. Y yo le hago la ronda a todos los partidos. Hecho una gritaíta y me lleno la panza.

—¿Que vos sos chileno?

—¿Y qué fuerza es mentarlo?

Seguimos al Tiburcio a pasos de prudencia. La duda nos comía:

—No vaya a ser engaño.

—No vaya a ser que entremos y nos peguen adentro.

—Che, Tiburcio, deciles que somos hijos tuyos. Ahí fue cuando el guatón rompió una carcajada.

—Vengan. Nadie pregunta. ¡Qué Jotes más guevones!.

Entramos. Y allá al fondo tremolaba la taba. Nunca habíamos visto semejante opulencia, tal cantidad de carne, el vino en damajuanas. En algunos rincones vociferaba el truco. No faltaba ni un alma del Barrio de Las Latas. El parlante atronaba la marcha-e'-san-lorenzo. Peones con sus mujeres. Cajetillas de luto. Todo el mundo lucía las alpargatas nuevas que habían repartido antes de que llegáramos. Oí que se decían dos patrones lujosos:

—Hable ahora, doctor, que comen y se van.

—Enseguida, nomás.

—¿Ya?

—No, después del himno.

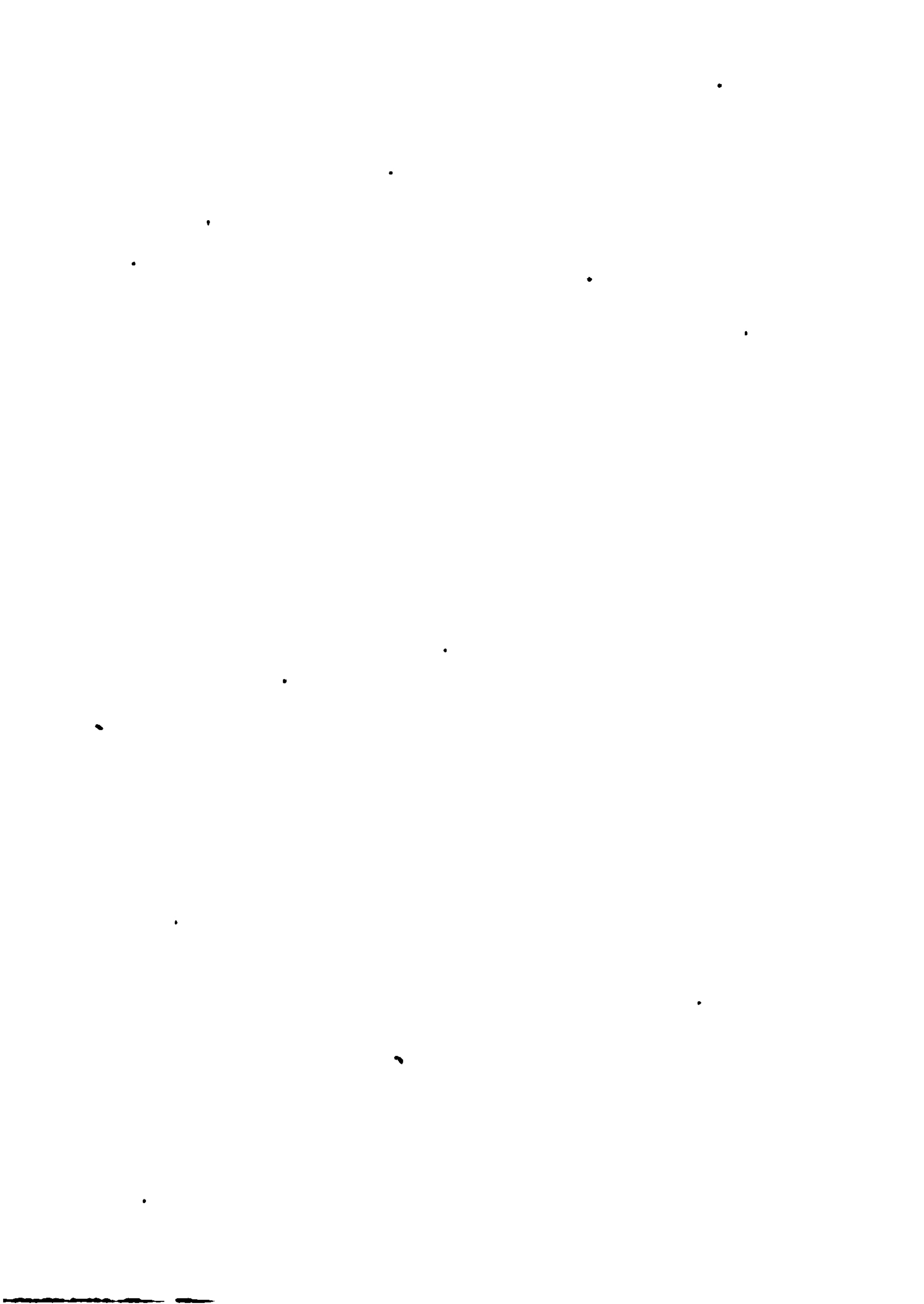
—¡Silencio, ciudadanos! —Gritaron varias voces.

—Se va tocar el "hinno". —Y enmudeció la taba. Hubo un ruido pringoso, codazos, raudos guiños, lentamente el gentío se ponía de pie. Por el parlante afónico se rayaba el sonido y se pusieron todos a cantar de una vez. Nadie acertaba nunca el acompañamiento, un infernal destiempo, un lío colosal, cuando llegó la parte de la música sola, hubo aplausos, chistidos y todo siguió igual; hubo quienes entonces empezaron de nuevo, otros que no sabían si callarse o seguir, se oía:

—"Oí mortales . . ."

—Más allá:
—"Ya su trono . . .", —y algunos que juraban en medio del desorden, desafinando el grito de:
—"¡. . . con gloria morir!"
Después nos torturaron como con diez discursos en medio del aroma ancestral del asado, hasta que el Candidato se trepó a la tarima y habló por todos juntos hasta gastar la tarde. Hizo la apología de los bueyes perdidos, rodeado por los rostros ahora azules de hambre. A mí, a pesar de todo, se me pegó un misterio, una interrogación, otra extraña palabra. Todos los oradores la usaron largamente. Era al principio y siempre, fue: correligionarios.
Pero valió la pena. Fue una buena experiencia: con el Toto, después, llegabámos más tarde.
Ese día comimos totalmente a lo mudos. Sin piedad. Ferozmente. Comimos por el hambre de cien antepasados. La alegría corría por el vino sin término. Eramos todos buenos, felices, inmortales.
El Tiburcio pasaba con un vaso bandera y nos hacía guiños de amor y abundancia. Nos dieron un paquete de sobras suculentas y al final —¡Dios del cielo!— ¡cuatro enormes naranjas!

Volvimos, ya de noche, deslumbrados, jocundos. Vi el afiche de nuevo. Deletrée: es-té-tran-qui-la . . . El Toto, sobre el Puente, remedando la cueca, cantaba a voz en cuello:
—¡La Nación, qué tranvía . . .!



10

La luz primera es fría como un tajo. Entra por la pupila hasta los huesos. El niño se demora en la ternura y no quiere salirse de su sueño. Ha regresado al útero esa noche y mientras duerma el dolor es lejos El Toto demoraba en despertar y se quedaba, náufrago, allá adentro. Pero a mí me dolía la mañana, asomada a los pájaros del viento. Y era la lucidez como un cuchillo con la punta de hielo.

Así empezaba yo bajo los puentes. Así me he despertado años enteros. Apretado a mi hermano, generando un calor de arpillera y diarios viejos. Luego, oía un rumor de Papeleras, un sonido sagaz de quebrar leña, la voz de amanecer en los Cirujas, ronca de mal tabaco y borracheras.

Pero, una vez despierto, no podía. Sentía entumecido hasta el cerebro. Queriendo o no queriendo me movía y lo sacaba al Toto de su sueño. Siempre se despertaba con asombro. Me miraba sin verme. No volvía. Lo obstinaba la última dulzura, la plena soledad, la poesía. Me preguntaba:

—¿Ah?, —y entredormido, peleaba con la luz en sus pupilas. Rompía alguna frase, daba vueltas, aclaraba

la voz, no se aclaraba y quedaba mirando un punto fijo.

Era otro amanecer bajo los Puentes. La vida rencorosa que volvía.

11

Pero cuando la huelga pasó como un reguero, muy antes de la lluvia, cuando creció el pañuelo más pájaro del alba, ese día de fuego y cosas verticales y río compañero y las resurrecciones, un presagio cundió por dentro de los hombres, una palpitación absurda y desbordante, unas ganas profundas de empuñar los relojes y rescatar un puño largamente enterrado. Así se suele ver en los daguerrotipos, en la burda escritura, en los viejos grabados: suele vérsenos graves, demudados, violentos, usando las palabras como una gran pedrada. Gente de gran bigote, abrigos manoseados, melenas como niños de mordidas culebras, ojos de grandes gritos, puños sobre la mesa: abigarrada gente en sótanos sin aire. Toda una subterránea gestión de sangre hirviendo. Un coraje a mansalva rodeando una lámpara. Es la hora caliente de quemar la esperanza en sitios clandestinos de tabacos y silencio. Así se suele ver el rostro del olvido: ajado, antiguo gesto de los padres del hambre. Así los vi, los veo desde atrás de una lágrima.

Debió llover a duelo, a plomo y largamente en las calles donde aún trepidaba el ruido de los cascos como filosas chispas o acaso era nomás la luz relampagueando, pero debió llover ferozmente ese día, ese siglo, esa larga semana famélica y sin cielo. Porque debió ser gris. Terriblemente pobre debe haber sido aquello: con un oscuro asedio de escasez y de ratas por esos laberintos de arpillera y de latas, en esos conventillos de rumor sometido donde el sueño clamaba estertor y violencia y furia maldormida y apagados carajos y ese olor a nosotros como una bofetada dada en la flor, a fondo, donde aguanta lo hermoso resistiendo el silicio.

Debe haber sido gris como un mapa de niebla. Y frío hasta lo hondo donde el frío ya es fuego. Oscuro. Sin orillas. Así debe haber sido. Pienso que nos llovía debajo de la cama. Que el odio nos goteaba desde el odio del techo. Que alguna madre mía encendía el candil y buscaba clemencia en la piedad del barro. Eramos tanta gente debajo de la lluvia, tantos niños sumidos de la casa del pobre, que era imposible huir de la inmisericordia. Pienso que no podíamos tener gracia o decoro o niñez o inocencia o dulces movimientos en ese desamparo de frío y de fatiga. Debimos ser un bulto, sólo un montón de trapos, todo ese largo tiempo que duró la semana. Los adultos tenían un rostro peligroso. Creo que sé o recuerdo o leí padeciendo, que escuché o me contaron, que estuve, que me vieron, que tengo quemaduras en la piel o en las manos de esos días de espinas, de ese verdugo ciego, porque en los breves patios velabámos los muer-

tos con un cabo de vela y un raído misterio y alguna tos y un llanto y un gemido y un grito y un desconsuelo largo comido por los perros.

Debe haber sido ahí que yo violé el olvido, que lo fui desollando, que lo clavé en la tierra. Seguramente entonces, bajo la noche hereje, junté todo el olvido y me lo até al silencio. Porque sé que estuvimos largamente sitiados, que el estupor andaba por los rostros queridos, que nuestros graves hombres nos miraban callándose, que nuestras dulces hembras nos miraban por dentro. Sé. Me consta en los ojos. Estuve un siglo viéndolos. Suelo dormir mirando sus ojos por debajo. Debió llover. Llovía. Allá sigue lloviendo.

Fue sin asco. Les dieron como para dos siglos. Nos partieron en medio del grito o la puteada. El hierro entró a la sangre y dio al diente en el diente y el ojo dio en el ojo y la sangre en la sangre. Fue un remolino, un sismo, un aquelarre exacto, un máuser refuciló, una piedra, una bala, un tropel, un abismo, un atúd en el viento, un sable, un alarido, un miedo, un buitre, un tajo.

Digo que fue terrible dentro de mi inocencia, digo que fue terrible haber sobrevivido, digo que fue terrible salvarse del espanto.

Fue sin asco. Nos dieron debajo de la muerte. Abajo estuve ardiendo. Sigo ardiendo debajo.



12

Deje que pase el río porque el río no vuelve y si vuelve, devuelve su carozo al verano, mire la flor de espuma que en la espuma florece y por la flor recobre la ternura y la rama; porque desde lo hondo que está abajo de todo, la vida que no cesa, sube al modo del árbol y quien no sienta al aire su ruido arboladura, está piedra en lo íntimo y está sordo en la sangre y entonces, si el sonido no tiene donde asirse, cae atrás de la sombra y se le apaga el pájaro: ese color ardiendo que dura y se sostiene de manera invisible en el país del aire. Ahí, en el peso puro, en lo puro del peso que pesa la estatura concreta del espacio, las rutas del oxígeno, las regiones del clima, el trapecio de luz, las ventanas del alba, ya que si no sucede naturalmente todo, se rompe la estructura natural del milagro y entonces el vacío permanece en su sitio un tiempo luz de tiempo, una muerte galaxia, y aunque uno lo comprenda, todo sucede inmóvil, del sonido hacia adentro, del movimiento al páramo. Por lo que uno procede de la semilla al grito, del letargo a la savia, del glaciar hacia el agua, para que recupere la acción su átomo inerme y haga estallar por dentro veloces minerales, como si fuera poco abrirse los sen-

tidos y que pase, tañendo, caudalosa la sangre, hacia todos los duendes del tacto y los aromas donde uno palpa zonas de latentes volcanes, porque si te he parido yo elaboré el misterio, una conducta lúcida de jugos especiales donde vencí a la muerte con vigor y paciencia sólo porque yo ejerzo la eternidad y estallo.

Deje que crezca todo como si fuera un río que desarrolla el ímpetu a partir del verano. Deje la flor afuera como a la piel del día. Huela. Muerda. Penetre. Mire. Y escuche. Y palpe. Pero que no le baste el suceso en sí mismo: excédalo, elabore la piedra del escándalo, métase hasta perderse detrás de las tinieblas y regrese trayendo las sombras y el relámpago. El tiempo es tiempo suyo. El tiempo está en sus manos. Todos los siglos caven en su mínima arena. Hágale un hijo. Preñe de sentido las cosas. El hombre es la materia que entiende a la materia. Así fue el cobre, así hemos juntado el hierro. Así salió del barro toda la alfarería. Con este oficio lento se tallaron las rocas. Así aleamos el sol a la entrada del templo. Así hemos aprendido del tierno cereal la duración hermosa de su florecimiento. Así crece el maíz hasta que el sol lo dora para que nutra y suba la raíz del invierno. No olvide estos oficios. Desarrolle su gracia. Recuérdese en el polvo y redima el martirio. El hombre es hambre que anda. Recuérdese en nosotros. Usted es tierra que anda. Mi sangre. El infinito. Deje que pase el río porque el río no vuelve. Y está bien que no vuelva. El río va conmigo.

Me dijo o no me dijo, mientras vivió estas cosas: me las metió en la piel, me las fue repitiendo, toda vez que salía a sostener el día o cuando memoraba el calendario cobre que acaso le venía del útero de América. Porque ella fue memoria vegetal por el mundo, un diálogo profundo de nogal y malvones, la madre cavilosa del aroma que vuelve y construye de nuevo la gracia de la rosa, ya que sus manos, duras de amparar las raíces, eran un denodado cultivo, sementeras, luna de cien semillas pululando en lo hondo, ordenación añosa de sol y primavera.

Su voz tenía un último sonido de campana, era de madrugar, de llamarme cantando, porque acaso la copla le dejó la cadencia antes de ser sentido y entrársele en la sangre. Por eso es que tenía tonada de abrir puertas y de guitarra nueva pulsada por el alba. Por eso era una fiesta su risa a mediodía. Su pan de fuego joven. La alquimia en sus comidas. Por eso su puchero era el sabor del mundo. La verdura infinita del cielo y de la tierra.

—Como yo no sé hablar hago comparaciones porque a mí me parece que todo se parece me quedo sin palabras cuando quiero explicar entonces digo un dicho alguna semejanza hay que poner sentido nomás algo contiene búsquele si no le haya porque yo no sé hablar las cosas con palabras.

Y se quedaba ahí, procreando el idioma, liberando mi voz, fundándome los pájaros.



13

—En el otro verano el Macetón se avió con la creciente. Se armó de un lazo largo y cosa que venía nadando, la enlazaba. Se hizo de colchones, chanchos, cunas, roperos, infinidad de palos y úna alambrada entera.

—Es vivo el Macetón.

—El le saca provecho a la creciente.

—Como el finao Nazario que sabía nadar la correntada. Si veía algo bueno se tiraba. Una tarde sacó como veinte gallinas y algunas vivas, mire . . .

—¿Por sacarle el caballo al gringo Bianchi fue que lo llevó el agua?

—Y todo por diez pesos que le ofrecía el gringo. Lo encontraron al norte hinchado como un globo, todo negro de moscas. Lo mismo que el caballo.

—La Eulalia se va al norte con sus críos y al otro día trae los trebejos que puede. Cuando bajan las aguas revuelven en el barro. Así es como se avían.

—Todo lo que monea lo debe a la creciente.

—También la cama grande.

—De dónde va a sacar si no tiene marido.

—Yo le dije al Terencio, pero es más aplastao que bosta e' vaca.

—Se viene la creciente, una queda sin nada y después hay que andar robándose las latas, limosneando . . .

—. . . pidiendo para parar el rancho.

—Es más diabla la Eulalia que no tiene marido ni perro que le ladre.

—Y . . . una por tener hombre, porque no anden hablando, para que no se limpien las manos con los gauchos.

—Pa' estarse en el boliche son mandados a hacer . . .

—¿No sé qué le hayan?

—Una por tener hombre y porque no se diga como se dice de otras, porque aquí para urdir son como tejedoras y no se miran bien que la cola de paja se les quema y que escupen pa' arriba y les cae en la cara, porque si es por hablar, una hablaría . . .

—Si uno no encuentra un manso pa' acollarar un chúcaro . . .

—Es vivo el Macetón con la creciente.

14

El *mar* es un capricho, aunque el Tiburcio beba. La espalda del Oeste es un toro de piedra. Ahí se ha vuelto helecho el rastro del sonido. Porque fue mar el Andes en un antiguo tiempo. Yo he partido las lajas a la altura del sol y he visto breves peces en un lecho de arena. Se lo conté a Raúl. Me miró lejos. No estaba para historias ese día. Había vuelto de mirar al viento y ya tenía aroma a lejanías. Se había puesto adulto de repente.

—Porque el camino es hombre,

según dijo.

Pero hablaba del mar por unos barcos que vio bajando al mar por ese río de anchura Paraná y de nombre indio. Y nos dejó mirando a todas partes, por el sonido a mar de su aventura. Los ríos del Oeste eran culebras que juntaban el agua con la lengua en un hilo.

—Todos los ríos vuelven al Río de La Plata y en él juntan la orilla los mares y la tierra.

—¿Un río como el mar?

—El mar es como un río.

—Un río no es un mar.

—Los que navegan saben que un río es como el mar. No por la anchura, claro, sino por el sentido. Hay rumbos en el mar como si fueran ríos.

Fue imposible. No había manera de entendernos. El Toto era mi cómplice a favor de los ríos. Después de todo el mar no era asunto presente y peleamos la cosa con el alma en un hilo.

—Son cosas del Tiburcio . . .,

dije por decir algo.

—Tiburcio, hablá del mar . . .,

bromeaba el Toto. El nos miraba adulto y desde lejos. Había madurado andando solo. Vino del litoral con su maleta de juntar el maíz bajo cien soles. Se midió en el jornal. Pitó su chala. Se había hecho hombre entre los hombres.

El mar es un capricho de los ríos. La tierra es una hembra en sus orillas. El regresa, la lame, la penetra y ella es el sexo de incubar la vida. Es un acto de amor interminable, un resuello del cosmos casi herido. Sólo en la tierra adquiere su grandeza. El mar, dentro del mar, es sólo olvido.

Pero nadie lo supo. Nadie sabe. Mi Raúl entró al mar por cualquier río. Su poema es la hondura de las cosas. Ahí anda por el mar buscando el infinito.

15

Apareció en la Fonda del Gitano. Andaba con el padre y la guitarra. Era de la edad mía, pero blanco y limpito. Trajo una trampa nueva: no robaba, cantaba. Ahí por el mediodía, cuando los chacareros, atronando, almorzaban, buscaba un lugarcito y sin aviso previo, salía de la cueca gruesa de la guitarra:

"Yo tengó, yo tengó para hacer cría,
una po', una pollita en mi casa . . .
Abajó, abajó pone los huevos
y arribá, y arribá pone la paja . . ."

"Dicen que le hace, pero no le hace,
tan chiquitita quiere casarse,
dicen que le hace, le hace, le hace,
ayayay, pero no le hace . . ."

Siempre lo saludaba la risa lujuriosa. La voz de estar caliente. El intestino bajo. Era un coro de crótalos, un aleluya burdo, la plena humillación de la niñez del canto. Después iba a las mesas y pedía monedas. Detrás de la guitarra el padre lo esperaba. Si

la plata era buena regresaba a la cueca, pero no era lo mismo. La gente lo olvidaba.

El Toto lo inventó. Dijo:

—¡Vos cantás bien! Aunque saquemos veinte por fonda nos conviene. Siempre hay un gil, un tonto que no sabe qué pasa. Esto es mejor que el diario y no te queda "charque". Vos cantás y yo pido. O pedimos los dos. Aprendete una cueca. No. Pará. Una tonada. Yo creo que es mejor que no cantés lo mismo. Cantate esa que dice:

> "No quiero prienda con dueño
> que me la quiten mañana,
> yo quiero prienda que dure
> hasta que me dé la gana . . ."

Yo me pasé semanas pasando por los versos, yendo y viniendo música trunca y desafinada, desgañité los gallos de todas las orejas, aturdí a los muchachos y degollé guitarras hasta que todo el mundo dijo que estaba bueno y que nadie podría mejorar lo presente y al fin, después de todo, es cuestión de animarse, así que al mediodía salimos con el Toto, prestándonos coraje, pero los dos culpables.

Entramos a la fonda y pedimos permiso. Yo empecé con aquello de la prenda con dueño y que ni por las tapas me la quiten mañana, pero todo era un ruido de gente y cacerolas y a pesar de mis gritos ni Dios escuchó nada. Salimos más vacíos que bolsillo de pobre, compartiendo el silencio, lejos de las palabras. Al fin el Toto habló ya debajo del Puente:

—No, si vos cantás bien . . . Te faltaba guitarra.

16

Como soñar, lo sueño y entonces lo soñaba. Siempre tuvo ese aspecto de niebla y lejanía. Lo recuerdo dormido encima de su sombra. Me alzaron y lo vi. Lo recuerdo dormido. Por eso es que lo tengo por materia del sueño. Sólo existe en mi hondura. Galopa dentro mío. Y por eso lo sueño como *entonces* y *siempre*. Es hueso de mi sombra. Va en el tiempo conmigo.

Su aventura venía por boca de los otros. Lo nombraba el boliche a la hora del trago. Dejó un rescoldo lerdo de apagar en la gente. De su ceniza ardiente siempre había un relato. Mi padre fue Tropero antes de los caminos. Debe haber sido enorme el silencio que usaba. Pero ahí, en esa ronda de compadres insomnes, mi padre gigantesco me escondía a mi padre. Dije que era de niebla por decir que era lejos, tan canción para entonces, tan metido a centauro. Se llevó la ternura severa de sus ojos. Como soñar, lo sueño. Y entonces lo soñaba:

(galopamos dos cielos y alguna noche negra, gastando en el resuello las frases necesarias. Creo que no teníamos ya sombra ni camino, que solamente huíamos hacia ninguna parte. Pero eso

era todo. La dignidad completa. El gesto más decente: galopar, apagarnos, ultimarnos la ausencia a caballo y cuchillo, entrar a las tinieblas con la entraña en las manos.

Nadie como nosotros puede cruzar los vientos ni meterse en la sal ni cuerpear la distancia. Andamos madurados por estas lejanías y somos leña que arde sobre su propia llama.

Mi padre no creía ya ni en ese galope —era un duro propósito, un capricho adelante—, pero esa travesía era su testamento: la única ternura que podía dejarme. Así que galopamos, cielo allá, dos milenios, sólo para salvarle la honra a la distancia.

De perfil le veía cruzar los pesamientos: los ojos a lo lejos, los labios apretados, un país de galopes le trepidaba adentro y en sus manos de cobre se le arrugaba un mapa. No sé si me lo dijo o le escuché el silencio, ahí, contra la luna donde se recortaba, alzó sobre la frente el ala del sombrero y era todo crepúsculo el rastro que dejaba . . .)

—Hay que sacar los diarios,

me despertaba el Toto. Desmonté de mi sueño. Se me quedó mirando. Sobre el Puente llovía un silicio finito. Se demoró en llegar la madrugada.

17

La Pancha Alfaro no amaneció ese día. Dicen que se quebró como la leña o tal vez a mí me gustó pensarlo así, porque desde cualquier distancia de la memoria, la recordaba seca como sarmiento seco. Leñosa y encorvada. Ya más cerca de la tierra que de cualquier pariente, como volviendo a ella, porque ni suponer que la Pancha Alfaro viniera de otra parte, con su cara sumida y ese color cascote que resaltaba más bajo su pelo blanco. Mirándola matear en su silla bajita era un montón de arcilla modelada a intemperie. Nunca pude olvidar sus ojos allá adentro con una extraña luz de vivo brillo como si en ese sitio de su rostro se le hubiera agolpado, para siempre, la vida. Pero sólo sentada se le podía ver esa luz de la sombra. Cuando andaba, ya dije que miraba la tierra. Todo su cuerpo enjuto era una gran pregunta, una interrogación del infinito. De luto, como toda mujer del vecindario, salía por la tarde a juntar ramas secas para el fueguito suyo donde hervía una pava más golpeada que el Trufa, que era el tonto del Barrio.

—¿Cómo está, doña Pancha?,

preguntaba la gente.

—Y, aquí me tiene m'hijo, tomando unas agüitas.

—Se me va a poner verde de tanto tomar mates.
—Dios l'oiga, m'hijo y el diablo se haga el sonso.
—A ver si en una de esas se le da por brotar . . .
—¡Pujjj . . . pa' lo que hay que ver . . .!

Tenía el genio joven y la edad de la piedra: inmemorial, recóndita, un silencio durable; acaso no pensaba y por eso era inmóvil, silenciosa por días: hablaba si le hablaban. Pero entonces, llamada por las voces del mundo, como si alguien golpeara en su yesca dormida, estallaba en mil chispas de sorprendente luz. Se dice que pasaba el día hablando sola, dialogando hacia dentro con sus propias cenizas. Por eso, si pensaba cuando se estaba inmóvil, se le juntaban todos los nombres del olvido, todo el ramaje muerto del árbol de sus días, alguna voz querida como de niño o tórtola, el finado José, la mamá ausencia, el río de antiayer, algún pañuelo, palabras de doler, aquellos pájaros, el tata galopando por el tiempo, la lluvia sideral de tarde en tarde, el asombro mujer, la luna añeja, esa media canción de medianoche como las dos mitades del silencio y por si más, si fuera que tuviera donde poner el júbilo de entonces, la cueca le volvía remolino desde su hazaña intacta de bailar hasta el alba, con sus pollera al aire degollando los gallos y destemplando todas las guitarras del mundo.

"La luna va
bajo el cielo de la cueca
viendo crecer
la flor de la polvareda"

Porque de joven, dicen, que anduvo con la cueca y novió con la copla azules madrugadas y tuvo su alegría de sangre jubilosa hasta quedar durando en memoriosos sueños. Lejos de esa apariencia de duro barro terco, la leyenda la supo con lujos y detalles. Y todavía andaba, ya muy alta la noche, fatigando tonadas en la boca de nadie, pues el cantor la canta de la voz hacia afuera y no le junta el bulto mísero a la palabra:

"Sube la luz
en el canto de los gallos
y al alba está
bailando la Pancha Alfaro".

Cuando no amaneció, que fue ese día, yo le extrañé los ojos de allá abajo, la oscura luz oscura, su obsecado relámpago. Sentí pasar su muerte por la boca de todos y creo que, un instante, se me murió el paisaje.

Dicen que había muerto con los ojos abiertos y que no se animaban a cerrárselos.

—¿Qué miraría?,

dijo doña Zoila en un lloro.

—La muerte, pues, que viene en un caballo blanco.

—Sólo la ve el que muere.

—No todos ven la muerte.

—El finado decía que veía a su madre.

—Tiene formas distintas.

—Depende de la vida . . .

—La muerte es diferente si uno muere en pecado.

—¡Qué pecado, la Pancha!



18

A mí me sonó a burla o creo recordar algo como de mofa, cuando entre el vocerío de niños zanjoneros, oí que la nombraban:

—Es la María Macho . . .

Era de tarde. El sol había desbordado y su leña amarilla ardía en las abejas. Pasó como de sombra. Iba entrada en sí misma. Con los huesos de luto, pasó y era de niebla. Hembra de barro fino, ceñida, dibujada a medio dibujar contra el cañaveral. Tenía, si recuerdo, perfil de brujería. Una nariz de zarpa. Una fuerza distante. Se decía que andaba revolcada de noche con "ni te cuento cuántos" a orillas del canal por donde siempre andaba. Tenía mil leyendas de gallo y medianoche, un oscuro prontuario, cuentas de no acabar.

Por eso es que pasaba doliendo por la boca y que se la nombraba por entre los colmillos a la hora del mate roedor de las viejas. Porque cuando la tarde se agachaba a sembrar las hierbas de la noche, ahí, a medio país de la luz y las sombras, la vieja gente sola juntaba soledad y, unos con otros, todos, le comían el cuero a la Virgen Santísima y entre risas espesas de rencor demorado decían que ese cuento del Espíritu

Santo no lo había creído ni el pobre San José. Fue allí donde zurcieron a la María Macho, ahí, entre mate y mate de herrumbroso veneno, un poco porque nadie iba a ninguna parte y la muerte esperaba detrás de los talones sin ningún otro oficio que el matar el tiempo.

Así que la seguí como quien busca hormigas, colgado de una tarde caída hacia el naufragio; le fui detrás un siglo de lenta caminata a setenta o cien pasos de su polvaderal: porque donde pisaba se alzaba un polvo fino, esa piel de la luz que es la tierra reseca. Fui, como quien no quiere, jugando a que jugaba, a que bajaba pájaros de certeros hondazos, furtivo y de reojo por entre los nogales que plantó el gringo Bianchi y se comió el olvido. Ninguno de nosotros, los niños zanjoneros, conocía de cerca a la María Macho. Era de oír hablar, mirando a los rincones, que aprendimos los ritos turbios de sus andanzas.

A veces, a la siesta, se oía un ruido leve, un cada vez más grave gruñido de los perros y luego y ya de pronto entre la polvareda, un bramido infernal, una aguda violencia y el griterío y todas las chispas del relámpago y un salmo de puteadas clamando a cielo y tierra y gente y agua y fuego y un sismo pavoroso mezclado a la caliente pelea de los perros. Luego, el odio duraba tres días con sus noches, borracheras de escándalo, cien cuchillos y un cepo. Después, mientras pasaba el tiempo por el agua, cuando volvía ver-

de de nuevo el tiempo verde, de golpe, en el boliche, alguien que entreveraba las crónicas del día, acusaba del lío a la María Macho. Y en medio de esa niebla nadie sabía nada, nadie tenía ganas de averiguar lo cierto. Simplemente decían:

—Fue la María Macho. Fue ella o fue por ella . . .

Y se daba por hecho.

Así es que la cargaban de nuevas impiedades: desde los simples guachos que retaban sin madre hasta las bulliciosas peleas de los perros.

Vaya a saber si supo que tenía leyenda, que atrás se la nombraba luego del padrenuestro, vaya a saber qué zona de su dolor cruzaba cuando yo la seguí rastreándole el silencio.



19

La noche de allá abajo era de dura piedra, era de sordo modo, de estibado silencio: aleve y ciega ciencia crucificada al muro, a los fantasmagóricos sauces aniquilados, al álamo encarnado de estricta soledad, a la luz cuatrereada del gran cañaveral. Era noche en su peso, puro carbón acérrimo, un lucifer erguido desde su socavón. La noche de allá abajo era abajo de abajo, la inmensa residencia de la sombra en su sombra.

He visto, luego, andando, la noche en otros sitios y juro haber sentido una intensa piedad. Después la he visto templo, lecho donde la vida dormía la ternura de todas las palomas. Pero entonces y lejos, pero en el viejo hueso del tiempo devorado, allá, quiero decir: donde yo me recuerdo, la noción de lo oscuro tenía brujería, calderos, alaridos, ademanes mortales. Era la noche un huevo de las aves nocturnas, las espaldas del sol, las tripas del espanto. No sé cuántos milenios de miedo la seguían, continuaban, construían su terror incesante. Uno huía, tapaba las paredes del viento, las hendijas, las puertas, la forma de lo oscuro; se ponía en el centro de las llamas voraces viendo como la noche esperaba danzando, ahí, en la

inerme orilla de la luz, al contorno, bufando como un toro contenido en el brío, esperando la muerte del leño adolescente, sabiendo que ella es sombra naturalmente oscura y que al fin esa llama se comía a sí misma, como un hombre caliente que dura en tanto quema y luego cae y duerme y esparce su ceniza, sólo porque no teme a la flor que es su grito y ejerce un gran relámpago abajo del olvido.

Bueno, en fin, sin piedad, quiero decir que aquella noche tenía noche, que no te la podías beber de un solo trago, que de nada valía tu enorme borrachera, que te daba con todo; que no te perdonaba la fanfarronería ni la intención alegre del clavel en la oreja, porque tenía toda la nobleza del tiempo y estaba más allá de cualquier cabronada.

La noche, pues, lo oscuro: no sé cómo decirte que la noche era el sexo de la María Macho.

20

¿Dónde pudo haber sido su terca dinastía? ¿En qué lugar de abajo o memoria aprendida? ¿En qué sitio de atrás o confusa escritura? ¿En qué lento relato de alta noche y distancia? ¿En qué tratamundeada y torva habladuría, tuvo origen su origen de dos, de tres, de cinco Marías legendarias, de bravas fortineras subidas al tumulto? Si cuando uno la supo todo era telaraña y ya nadie sabía cuál rostro era su rostro, su pecado, su hazaña, su escándalo, su sitio. Si la María Macho nacía diariamente y era parte del todo, entretela del dicho, paño para cortar, tejido laborioso, interminable urdimbre de todas nuestras vidas.

Estaba entre nosotros casi como el paisaje, antigua como un árbol, anterior, ya parida, porque su historia de humo subía largamente hasta al menos cien años de polvo y agonía. Y uno recién llegado, niño de las orillas; uno de piel lagarto, trapero, olor a leche; uno de simple silbo, verdugo de los pájaros; uno de culo al aire, de talones rajados, andaba por la panza redonda del verano descuereando la dócil culebra de la arena, escuchando pedazos de su his-

toria en mil bocas, entrando a su misterio desnudo y para siempre.

Lejos, había sido brava como el ají, hembra de un trabucazo, amante de un cacique; bajó, dicen, gritando alaridos malones; desvirgada a la siesta por tres encomenderos, se quedó a parir hijos peleando a las tarántulas; fue mujer de un soldado; aguatera en la guerra; subió piedra por piedra con abuelos perdidos en la altura glaciar y muda de los Andes cuando don Capitán José del Sur, el macho, juntó seis mil cojones para preñar el mapa. Oí decir que entonces quedó de cantinera en el viejo Perú, que incendiaba las fiestas, que la tropa la tuvo de diosa entre los ojos y era mujer de un real sonoro por cabeza; contaban que se vino por Chile, que le huía a un fantasma de fuego y a una hoguera de cuecas; que ardía interminable en roncos bodegones donde era diablo el vino y varón la tristeza; que nunca se sabría en cuánto sitio anduvo, si era una y la misma o tres o cuatro o cinco; que jamás se podría tenerla entre dos manos, que iba, andaba, cruzaba del silencio al olvido, del olvido a la ausencia, de la muerte a la vida; que aquél que se volteaba a la María Macho, nunca, renunca y nunca, jamás de los jamases, podía hallar olvido en otras tropelías y que según se hablaba entre la gente de antes, la María tenía la eternidad del vino; que le vendió una noche de farra el alma al diablo y vivía en la luna, pero del lado oscuro; que no paraba nunca de ir y venir muriendo, pero aunque se muriera jamás se moriría, porque sólo paría mujeres por las noches y eran luego Ma-

rías, dos, diez, cien o quinientas, desde el Sur hacia arriba, pisando en el Oeste y en cualquier alta noche nacía una María: con luna, con agosto, con viento mujeriego, con arenal, con ríos, con sauces, con lucero; que estaba en todas partes donde penara el alma y ella usaba a los hombres para durar más tiempo.

La seguí, la seguí, la anduve polvaredas: iba su rostro adentro, iba su sombra afuera, iba, pétalo a pétalo, deshojando su lirio. Iba sola a su llanto. Iba sola y perdida. Iba, nomás, llevando el óvulo dispuesto. Se abrió como dos ríos, se puso de mil modos y esperó y no se supo quién le rompió el gemido, quién le clavó la piel contra la primavera.



21

Al fin, si ella tenía algo de mediodía, lo tenía por dentro. Por fuera era una bruja, un breve asunto oscuro, un lento caminar entre arboledas grises buscándole a la calle el lado de la sombra. Yo la seguí, si dije, a cien pasos del diablo, por ese rastro mágico de jugar al asombro. No se dio vueltas nunca. No dudó mientras iba alzando polvareda, lejana, siempre ausente, exiliada en sí misma. Sabía ese camino de los atardeceres, esa huella invisible por donde huía el día. Cuando yo me di vueltas, la tarde era pequeña: le quedaba un resuello de luz entre los árboles. Después cayó al olvido, la degolló el poniente y a una legua de mí escondió la navaja.

Era una hora fea, como un gran hundimiento. Era el día enterrado en medio de su escándalo. La muerte del Oeste entre grandes hogueras. Esa hora sin brújulas de la María Macho.

Cuando el viento sin Dios agitó las cenizas, despertó a las lloronas de los cañaverales, digo que tuve miedo pero no sé si es cierto, aunque el gato del miedo me arañaba la espalda, porque esa cosa muerta que era la noche nueva me soltó las arañas gigantes de los sauces. Pero todo era leve, un simple movi-

miento, la lenta apropiación nocturna del verano; ahí pensé en volver. Dije: no tiene gracia. Me pensé aún más lejos de donde me encontraba. Me dije que soy sonso y adónde irá y qué importa, porque ahora es más sombra, más morocha, más bruja, entretanto la noche se la lleva y la apaga, aunque el miedo a lo negro se hubiera repartido y ya fuera lo mismo ir que volver, quedarse, porque yendo o viniendo era igual el camino, el mismo trecho ciego y la misma distancia.

Entonces abrió un ojo de candil el Boliche. No lejos: a la orilla del Barrio de Las Latas. Parpadeó sobre el bulto breve de la María, me encandiló alumbrando de júbilo mis pasos. Ella cruzó las voces de una gran bienvenida. Yo quedé en el umbral, asomado al asombro. Testigo para siempre de su gran salamanca.

22

De aire grueso y de humo, de crudo olor a gente, de espeso aceite frito y sudor semanal, estaban los fantasmas.

Gigantescos y lerdos, morados, demorados, turbios de turbio vino, disminuían la luz, la trituraban. Y yo que estaba ahí, junto a la puerta, de mimbre, siempre listo para huir o esquivar los grandes manotazos. La ternura era bruta adentro del Boliche y daba coscorrones o pellizcos infames.

Las voces rumoreaban tropeles, sordos ruidos, eran como un fragor de derrumbe o creciente. De súbito, el sonido colmenar de las voces, era partido al medio por una carcajada, un tono de campana, una granada abierta por la dura violencia del animal caliente. Luego, todo volvía a un modo de silencio, a la guitarra ronca del rumor colmenar.

Flotaban en el aire palabras, frases sueltas, sobadas profecías y lápidas verbales:

—¿Y di'ahi?

—¡No me le merme!

—¡Muerda que no es alambre!

—La puse contra el suelo...

—¡D'iande!

—Pa'l Sur hay plata . . .
—¡Es hediondo de flojo!
—Ese no tiene Dios.
—Pa' conocer la vida hay que seguirle el rastro.
—¡Puta!, ¡si es más porfiao que mujer de piojento!
—¡Echele y no lo vuelque . . .!
—Tanto tiempo, compadre . . .
—¿No sabe que ando viudo?
—Póngalo en la libreta y sírvame dos cañas.
—¡Che, Juvenal, te hacía por "las hachadas" de uva!
—¡Puta, no pueden ver a un cristiano con plata!
—No me gusta pitar . . .
—¿. . . No tiene vicios chicos?
—Yo me voy este mes pa' la juntada e' máices.

Y yo me estaba ahí, junto al umbral, oyendo y memorando, siguiéndoles el cauce, aprendiendo con ellos el oficio del vino, aprendiendo los gestos corajudos del macho, sintiéndome en el júbilo fanfarrón del envido, fascinado del canto de la flor más floreada:

—Por aquí pasó, señora,
el gallo que usted buscaba:
con una flor en el culo,
iba que se las pelaba . . .!

Entonces se ponía la risa como hirviendo y todo el vocerío comenzaba de nuevo:
—¡Eche, que no es almibar!
—No me hable de mujeres . . .
—Ahí ando, como siempre, rengueando de una pata . . .

—Oiga, este vaso pierde . . .
—Vivo buscando olvido.
—Es la ley del embudo: palo de gallinero.
—¡Quiero retruco!
—¡Deje que esto no es polka!
—¡Quiero!
—Velay, ni un tranco e' pollo.
—Anda herido en el ala.
—¡El que cantó, cagó!
—Tonadas son tonadas . . .

Y en medio del estrépito gritador del desorden, por entre las tinieblas soñadoras del trago, justo en la media noche, en su tajada oscura; genital, dolorosa, salía la mechuda: la loca, la gran puta, la cósmica guitarra.



23

Si la albahaca, el cogollo, la exacta transparencia; si la tonada urdida por el rigor del pámpano y el aroma y la hierba descienden, descendieran nomás del agua clara, digo, dicen, decimos que es así, que yo estuve: que se le ve al cantor la raíz cuando canta, que lo habita el rocío, que se afina en la entraña, que entonces huele a flor y pisa en el milagro. Solo como un profeta, cavando hacia sí mismo, existiendo a partir del hervor de su sangre, ahí, buscándose con una mano de hueso y con la otra, ciega, la escritura del aire: buscándose, indagando por las zonas oscuras, tanteando eternidad con el tacto del canto, sólo porque él emerge por su voz del olvido y las ganas de amar lo inmolan y lo salvan.

Uno no entiende cómo habita la belleza, deja la carnadura violenta del trabajo, sale del rostro, huye del socavón del vino y se limpia y se pule del carbón al diamante; cómo la luz lo mira vencida, enamorada; cómo el sexo ultrajado se entrega palpitante y es que él lo reivindica de la piel a la copla y hasta el silencio es virgen otra vez en mil años. El decoro dormido despierta a la inocencia. Pone de pie lo hermoso. Funda la madrugada. Y aunque duela y golpee

en la boca a la ausencia, nos hiere dulcemente, nos inmola y nos salva.

Acaso él no se entienda, como siempre sucede ni sepa ciertamente qué árbol desentierra. Juraría que entra desnudo a su memoria y, cuando vuelve, ignora quç de allí vuelve ardiendo; que nombra a cada uno de la piel hacia abajo, del silencio hacia afuera, de los ojos adentro, que sabe, aunque no sepa, dónde nos cae el llanto y es luego, por la sangre, un río en movimiento. El cava y clama y canta y lastima una lágrima; nace y muere y renace, se acuerda y no se acuerda, fatiga la guitarra hasta sacarle chispas y se quema y nos quema en medio de su incendio. Por eso lo rodean los hijos del olvido, los grandes humillados, las lloronas, los niños; por eso anda de gallos y viudas de la noche mortificando a Dios y rajándole el sueño, acaso porque siendo un gran profeta oscuro, padezca, como nadie, el adiós y el destierro. Pienso que tiene oficio de violentar los ángeles y destemplarle el arpa al tonto distraído y como a él le cuesta un huevo la pureza, lleva siglos nombrando la mugre de los siglos.

De esa manera puede ponerse transparente, remontar con nosotros la luz de los candiles, hacerle un hijo al alba, agrandar las ventanas para que vuelva el día y nos siembre en la vida.

Así es que si la albahaca, la menta, el agua clara, la hierba y el aroma, cayeran al olvido, algo de cada niño perdería su asombro y otra vez el cantor cavaría en sí mismo, cavaría en sí mismo, cavaría en sí mismo . . .

24

Le vi la cola al diablo: un rastro montonero de luces parpadeantes. Era el cantor partido contra el muro de cal. Le venía la risa de un sonido de crótalos, de potentes y alzados relinchos lujuriosos. Le venía una espuma lasciva por los labios y era su voz espesa, ya canto sin idioma. Le salían cuchillos erectos por los ojos, puñalitos brillando, breves, sobre el jadeo. Los cuerpos se doblaban por lo airoso del sauce, lentos aún, buscando apoyo en la penumbra, manejados de arriba por un cielo de vino en las vacilaciones larvales de la danza y el ritmo, acurrucado dentro de la guitarra, en el puñado fiero de la mano derecha, donde yace encerrada la cueca y su pollera, soltaba las maneas tenaces de la sangre y se constituía, despacio pero unánime, del tobillo hacia arriba agitando en los muslos un nido de culebras.

Vi cómo la paloma de la cueca subía por el blanco pañuelo de la María Macho. La vi soltar el vuelo sobre toda tristeza y quedarse penando: frágil ramita de aire. Y luego, como un cielo nublado de torcazas, el ritmo soltó el vuelo, su locura de pájaros. Acudía la cueca de todos los rincones, venía del gentío, el can-

tor maduraba, se ponía ocurrente buscando la alegría, se le pegaba al pecho la camisa sudada:

—debajó,
debajo de un limón verde
donde el a',
donde el agua no corría,
entregué,
entregué mi corazón
a quien no,
a quien no lo merecía . . .

Pero mi corazón me buscaba la boca, golpeaba ciegamente las puertas del asombro, seguía con mis ojos un rito de panteras, el movimiento en celo del baile alucinado. Todo se fue poniendo como de rojo al rojo, como de fierro ardiendo, como de llamarada: pisando en el rescoldo gris de la polvareda, la María jugaba saltando entre las brasas, porque fue cuando vi sus anchos pies desnudos, su ensimismada euforia de diabla con el diablo, que por eso el cantor se salió de la boca y era una sola cosa su grito y su guitarra, se fue poniendo verde, índole de madera, jacarandá en la boca, azul por la palabra:

—Te casaste, paloma,
señora,
sin avisarme:
suficiente son penas,
señora,
para matarme . . .

Y todo era una orilla de danza y refucilo, de atmósfera doliendo, de abismales peligros; todo era puro vértigo, miedo, danza inmolándose, un largo y extenuado ritual de sexo vivo, aunque yo no supiera cómo era la lujuria, la herejía canalla de la cueca y del vino.

Aún así, duraba, estaqueado de asombro: quieto, crucificado, humillado en lo íntimo. Aún así me estuve con la inocencia rota, viendo sin que me vieran, agregado a las sombras: inmóvil, boquiabierto, empinado en los ojos, mientras el aquelarre gozaba su silicio. Y el aire se llevaba a la María Macho, la doblaba en el junco, la pisaba en el rastro, de golpe la enterraba como en una agonía y ella huía sonriendo, soberbia y liberada. Y el Cantor, allí dentro, cada vez más desnudo propiciaba el momento de las inmolaciones, la hora lapidaria de la vestal de greda, la oración media lengua y el cancionero torpe:

—En la cor-
dillera llueve
y en la mar
está tronando . . .
Entre mar
y cordillera
anda mi al-
ma navegando . . .

Pero en torno jadeaban más rostros y pañuelos: Juvenal, el Tiburcio, Eulalia, el Macetón; estaban las dos hijas de don Genaro, el Trufa, Nazario, Heraclio

Gómez, la Tullida, don Ruiz; reconocí Carreros, al compadre Domínguez, la Peladilla, el Rengo, doña Visitación. Ellos eran la ronda, el cerco de pañuelos, un margen nudo ciego, el cerrojo, el rumor; eran un tiento rojo, fronteras palpitantes, el aleluya infame, el coro violador. Y todo fue quedando como para ella sola: la noche misma hirviendo falacia en su caldero. Se fue volviendo carne o polvo o humareda, ayayay, pozo lúbrico, árbol de un solo viento: cadenciosa, pavilo quemado de la cueca, palomitay, torcaza herida en el pañuelo.

Y fue que vino el alba y entró como en su casa y huyó, quién sabe dónde, toda la brujería. Vino el alba y traía de claridad la espada y le partió la noche a todo el pobrerío. Vi aparecer los rostros ajados por el sueño y al cantor que cantaba más cerca del silencio:

—Triste de la memoria,
agujero, distancia,
ayayay de la ausencia,
soledad de la rama
   con la flor hacia afuera
y la leña en la entraña.
Ay, qué triste el olvido
cuando vuelve y nos clava
la espina rencorosa
de la luz en la cara.
Ay del ay, ay del árbol
que no recuerda el agua,

ay, qué triste es el hombre
que recuerda y no canta . . .

Y fue que vino el alba, caracol a lo lejos. Me debo haber dormido dentro de la guitarra. Parpadeó el sol arriba. La Pastelera andaba despertando borrachos. La busqué por el sueño. La María no estaba.



25

El sol suele pasar el día en el Oeste. Le gusta demorarse sobre la cordillera. Se le encariña el ojo al rojo del crepúsculo, apagando el rescoldo genital de la tierra. A la hora de irse muere en su propio júbilo, inmola los colores, desviste las banderas, queda como habitando la entraña del verano y, ferozmente macho, muere de su grandeza.

De su caída al puro imperio de la noche, hay una luz de nadie, un trecho de ceniza. Es una hora extraña donde vacila el tiempo y no es ni luz ni sombra ese trecho de vida. Todo parece inmóvil, todo está donde estuvo y hasta a la verde rama se le muere la brisa. La voz es un rumor a esa hora, un sonido de tórtola, una guitarra viuda. El animal regresa lentamente al silencio y encima de los árboles sale a tañer la luna. Uno sabe que el tiempo elabora las sombras a la hora en que todo se ha quedado sin sombra. Nada cunde o estalla. Todo es un rito lento. Un salmo donde yace toda la eternidad.

Por eso fue violento oír el griterío como el brusco derrumbe del templo de la tarde, la hora se hizo añicos contra la polvareda y el estupor me vino de galope en la sangre.

Recuerdo que venía por los cañaverales y que crucé el Zanjón por las piedras del Salto. Que me miré el silencio que tenía el Oeste, ahí, en la piel intacta de la luz del paisaje. Y de pronto ese grito atroz como un crujido. El nudo. Los ladridos. La luz mala. Las dagas. Vi correr por la calle un llanto de mujer, estriado, agudo, roto. Un manotón de llanto. Sin comprender miraba crecer a la violencia y soltar en la furia sus feroces tarántulas. Eran tres contra uno, pero no distinguía. El mujerío hervía. Los perros azuzaban. Además polvo, la flor de la tragedia, subía ante mis ojos y todo lo mezclaba.

Vi al Tiburcio y entonces me escondí en el respiro: demoníaco, enorme, toro, tumulto estaba. De pie sobre la loma, largo como un cuchillo, con un tajo en el muslo y la muerte en la cara. Los esperó y de pronto todo fue un remolino, una madeja roja, un huracán sitiado. Allá abajo, en la calle, plañía aún el miedo, el rencor y los odios se daban cuchilladas:

—¡Yegua!

—¡Víbora!

—¡Perra!

—¡Por vos se andan matando!

Y nadie supo quién. Era la culpa redonda como un coro, voces de contracanto, la culpa se escondía detrás del griterío, era la polvareda anónima, cobarde; sobre esas letanías espesas de las hembras, arriba, allá en la loma, los hombres se ultimaban: alargaban los brazos lentos como un quejido, solos, enardecido, cuatro para matarse, para abrirse las tripas, para saberse el odio, cuatro ancestros buscándose los cojones debajo. Eran tres contra uno, según vi por arriba, porque arriba el Tiburcio se veía de espaldas y, desde

luego, estando al revés de la loma, de donde yo miraba él era el sentenciado.

¿Cómo olvidar el tajo que tenía en el muslo? Lo recuerdo rodeado por una flor de grasa. ¿Una flor? Una flor. Amarilla y violenta, sin sangre era su flor: absurda, tonta, blanca. Y aguantó. Se mantuvo cansando los cuchillos. Los contuvo un gran tiempo crepuscular y nadie, toda la hora loca en que cae el Oeste hacia el mar, hacia atrás, hacia su sombra entraña. No sé cuándo subí ni cuándo fue el cuchillo, en qué instante cayó de espaldota en el aire. Le recuerdo la cara yéndose para adentro, hacia el hueso final, empuñando la cara: apretando, apretando por los labios la vida que se le quedó quieta entre el miedo y la tarde. Muerto. Obstinado y muerto, aunque yo no supiera. Muerto de toda muerte. Totalmente cadáver. Y yo con las dos manos y yo con los dos ojos y yo con todo el cuerpo sin saber dónde estaba. Y el Tiburcio en el polvo, borracho para siempre, duro, piedra, silencio, mineral, sal apenas, salina de la muerte, rudo estertor, luz mala.

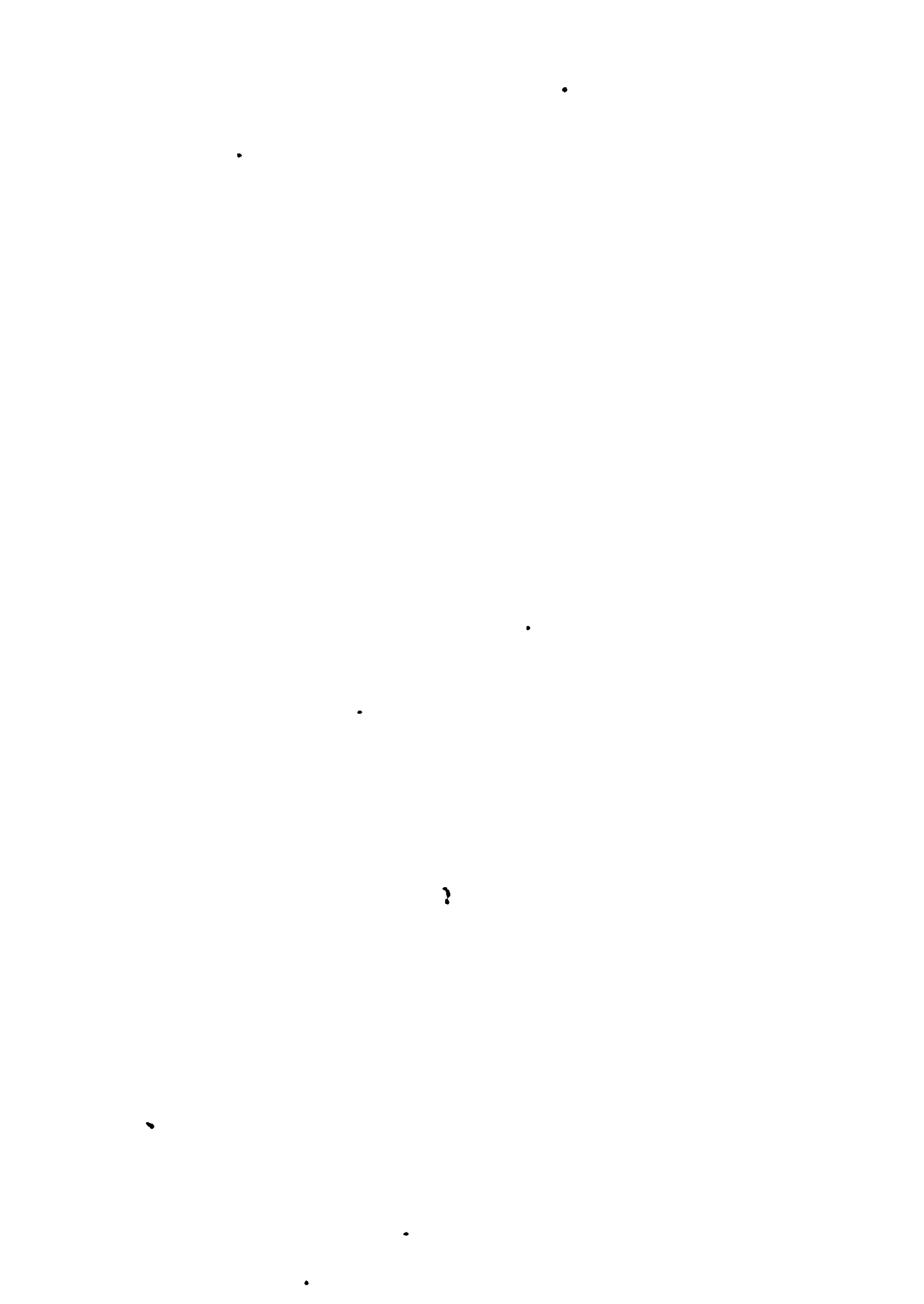
—¡Víbora!

—¡Yegua!

—¡Perra!

El rencor continuaba. Se arrancaban las mechas las hijas de la furia. Abajo aún el fuego, el mordisco, la rabia. Creo que oí crecer mil peleas de perros: el coro aterrador del Barrio de Las Latas.

Corrí todo el crepúsculo, me bebí todo el aire, bajé el atardecer por delante del viento y allí, abajo del Puente, me atrincheró la noche y lloré hasta los mocos por el miedo y por nadie.



26

Que cuando llueve el aire es una gran campana y el badajo del júbilo y el gran chisporroteo de la antigua ceniza;

que la vieja está en la cueva y jamás nadie nunca puede saber porqué se enloquece el sonido ya que es toda guitarra la luz y sus dos párpados;

que cuando el aguacero te pica en todas partes la tierra seca se abre en flores diminutas y cae a grandes gotas en la plena alegría como si el mismo Dios te diera coscorrones y todo es un olor de la resurrección entre árboles que danzan su cadencia inasible, porque mágicamente, los pájaros se han ido de las manos del día, vaya a saber adónde, hacia qué ausencia súbita, en tanto está bailando el ramaje del sauce y se doblan los cielos en un gran arco iris heridos raudamente por los raudos relámpagos que pasan por el crudo alarido del trueno y luego se sostiene tercamente en la lluvia como azules columnas de la casa del ángel, infinitos los cielos bajo el techo del clima donde la lluvia pasa con claros ademanes separando la luz de las tinieblas; estableciendo el rito cantoral de las rondas y uno grita que llueva pisando cascabeles, despertando pequeños tambores a lo lejos, atur-

dido de grillos y el coro de los sapos, en tanto que la vieja del canto está en la cueva y te ensordece el ruido de los techos de lata;

que llueve tercamente hasta apagar el polvo, que el agua está simbólica y le hace un ojo al charco del callejón de olvido donde la lluvia come las huellas y los rastros;

que todo estará limpio cuando pase el torrente y el día vuelva a tiempo limpiándose la noche, cíclope, anodado de tamaño estupor;

aunque uno escuche y sufra la voz de los adultos, el rumor novenario de la vieja en la cueva; aunque detrás desgranen los sobados presagios y digan el rosario, claven en cruz el hacha y harten y repitan corales cataclismos, uno salta de júbilo, entra, sale y salpica el cristal milenario que la lluvia tritura cuando desflora el ancho carozo del verano y su badajo preña al clima en su campana.

No se está para oír el runrun del lamento y la sabiduría golpeada de la gente: las palabras resbalan por detrás de las puertas o se mezclan al sordo rumor de las goteras:

—No trae nada bueno que llueva pa' febrero.

—Por algo me dolían los huesos ayer tarde.

—Cantao que era tormenta con esa cerrazón.

—El perro estaba loco por morderse la cola.

—Si no para, seguro que se vendrá creciente.

—¡Se te haga un lao la boca!

—Pero si no corría ni una pizquita de aire . . .

—Bienha'iga con el tiempo, que le da por llover.

—¿Digo yo, qué *quedrá* hacer Dios con nosotros?

—Con una lluvia así seguro que hay creciente.
—¡Mové el catre de ahí!
—Llueve más aquí adentro.
—Tapá con esas bolsas que se moja la harina.
—¿Dónde vamos a ir si viene la creciente?
—¡A ver, muchacho e' porra si salís de la lluvia!
—No, Dios no ha de querer . . .
—Hacé una cruz con sal debajo de la puerta.
—Dicen que hay que poner los santos para abajo.
—Da vuelta a San Antonio.
—Ese no es de la lluvia . . .
—¡Puta, con las goteras!
—T'i dicho que a ese techo había que arreglarlo. . .
—¡No me jodás, mujer!
—Hay que decir cien veces los rezos al revés.
—¿Cien veces?
—Demos vuelta el colchón, doña Eulalia.
—Dejá esa vela ahí.
—Hacé un nudo a Pilatos.
—A ver si alguna vez arreglás ese techo . . .
—¡Bendita, la mujer . . .!
—Te lo pasás chupando . . .

Que cuando llueve y cae el júbilo de arriba; que la fiesta sonora del trueno y los relámpagos; que la alegría es niña y baila en una pata y es todo un gran asombro y un festival de sapos porque es fiesta en la piel de la tierra de fuego, es una interrupción del polvo crepitante, ya que el día, allá arriba, es un país de cuero, largo, inmisericorde, tirante, interminable y entonces locamente se suelta el niñerío y tañe bajo el agua y salta y canta y tañe.

Fue como un gran rujido, como si nos partieran la sandía del día de un solo puñetazo, fue como un alarido rajado en el sonido, un fragor, un tumulto, un ruido de mil ruidos pero en el mismo lado:

—¡La creciente!

—¡Jesús, se viene la creciente! —Nos quedamos ahí y con un pie en el aire: atónitos, inmóviles, fríos, crucificados; el fragor demoró adentro de nosotros un siglo, un rato, un grito, un silencio, un espanto. Después, entre el silicio del terror, aprendimos que cuando el río suena estallan las campanas.

27

De súbito marrón, como encelada; de fragor y fragor, de puro escándalo, el agua elemental parió la furia y los toros violentos del verano. Venía, precipicio de la fuerza, de estarse contenida, acumulada en los diques primarios de allá arriba, en el regazo verde de los valles.

Cuando la lluvia loca de dos días se sumó a los arroyos de montaña, desvirgó el horizonte, abrió compuertas y razgó la pollera del paisaje. Primero fue un estruendo de mil perros, un crujido del ruido, una algazara de todas las campanas de la tierra que estalló en un asombro de campanas. De golpe estaba ahí: bajando en vilo, llevándose el crepúsculo y la tarde, descendiendo la llaga del planeta y era el Canal-Zanjón un aquelarre. Golpeaba contra el Puente y era un potro saltando por su índole salvaje, una cresta de greda, un gallo enorme empinado en un ímpetu de canto.

Y ahí estaban los ojos de nosotros asomados al gozo del espanto, gustando el estertor de lo terrible, queriendo y no queriendo la catástrofe. Era como asistir

al fin del mundo predicado en los rezos, propiciado por la superstición de los adultos y el coro de las viejas endiabladas, porque el Dios rencoroso de la Biblia por fin, después de hablar, daba la cara. Y así como ignorábamos la muerte, la muerte era la fiesta de la tarde. ¿Y quién no quiere ser protagonista, con el niño en la piel, de ese milagro? ¿Quién no toca las zonas de tinieblas cuando viene tiniebla la palabra? Niños de asombro cruel como la lluvia, un placer de impiedad nos asaltaba, porque debajo de la piel del miedo, el miedo era otro júbilo en la sangre. Dios cumplía el oficio de destruirnos y era hermoso saber que era un canalla.

El primer aluvión venía olvido. De un sólo manotón tapó diez ranchos. Ya nadie estaba allí. Su primer triunfo fue un trofeo de mugres y de latas. Pero era de mirarse en esa fuerza. En la estampida sorda y en el barro. Oía a mis espaldas los gemidos y luego era estupor la correntada. Venía un medio mundo en la creciente: canastos, perros, camas, palos, aves, caballos de costado como en sueño, increíbles objetos, abracadabras; supongo que recuerdo ese balido de cordero indefenso entre las aguas, supongo que fue entonces el comienzo del ciego fundamento que me llaga, debe haber sido ahí que aprendí el odio al odio innecesario, al desamparo: ahí se me afilaron los colmillos del olvido imposible y las fogatas.

El segundo aluvión partió la tierra: se tragó entero al Barrio de Las Latas.

Y era pura inocencia la creciente, la simple fuerza antigua de las aguas, la tonta imprevisión a manos llenas de una tonta opulencia provinciana. No sé si fue ese día ni me importa, pero sé que fue entonces y me basta. Creo que en algún diario he repetido una crueldad distinta en Hiroshima o una hoguera posible en Nagasaki y aunque yo no supiera era lo mismo porque la muerte siempre da la cara. ¿Es el rostro de Dios o el rostro mío? ¿Dónde esconde el horror su gran guadaña? ¿Quién tiene rostro para ver la muerte sobreviviendo así, como si nada? ¿No basta una creciente para un grito? ¿No basta un niño lejos de los pájaros? ¿No es suficiente incendio el de una chispa para borrar la eternidad de un árbol? ¿Cuál viene a ser la cantidad del llanto si todo lo que importa es una lágrima? ¿El mínimo dolor no es el dolor? ¿Hay una clave en la palabra clave? ¿Y quién la oyó, la dijo, la predijo, la pronunció, la usó, la dio, la tuvo; quién la reivindicó término a término, la asumió por el hueso, la contuvo? El sueño es siempre la mitad del sueño. La realidad es la mitad del sueño. Sólo los niños juntas las mitades porque desbordan la noción del tiempo. A ellos les suceden los poemas con esa asiduidad que tiene el viento. Todo lo que se mueve los conmueve con la magia ancestral del universo. La soledad lo sabe. No hay olvido. Todos llevan un niño en su silencio.

Entonces trepidó y era la luna, otro suceso más: un ojo alegre. Del Barrio no quedaban ni las latas. La noche entró creciendo en la creciente. La voces se quedaron sin sonido. Todo regresó a un tiempo de intemperie.

—Dicen que vamos a un barrio nuevo.

—¿Van a dar sopa?
—Vamos a la escuela.
—¡Somos los inundados . . .!
—¿Cuántos niños?
—¡Ahí vienen los camiones!
—¡A los cuarteles!

Fuimos amontonados. Dando tumbos. Pero arriba, la luna estaba alegre.

28

Volví de la impiedad por el ramaje de una mañana verde y despiadada. El barro estaba seco, le crujía mi paso corajudo en la resaca.

La creciente es así, puro estampido: un empujón del diablo en el paisaje. Después el sol reseca hasta los huesos, pasa muy lentamente entre los árboles. Los pájaros regresan, vuelve el silbo, todo se restituye desde el canto. Se escucha urdir la vida en los insectos. Las chicharras aturden el verano. Es largo el día allí. La piel del tiempo anda de sol a sol en las avispas. El fuego hace su juego en las arenas y todo es un gran fuego sin orillas.

Volví sólo por ver. Por verme solo. Por sorprender alguna cosa a salvo, el ciego laberinto de viviendas, el malestar espeso de los ranchos. Quería ver los rostros de la furia. Los adultos del odio. Los verdugos. Me encantaba volver y sorprenderlos con el rubor al aire y humillados, porque ése fue mi Golgota a tres cruces, mi tránsito desnudo, mi Calvario y en la ferocidad de esa miseria el ángel mío fue crucificado. Por eso es que volví de la intemperie a esa intemperie de agua y desamparo: a tocarles el culo y a reírme de su crueldad adulta como un látigo. Pero no pudo ser.

El día ardía. Nada quedaba abajo de los pájaros. Sentí un sonido monstruo por el norte. Era un monstruo tractor que nos limpiaba. Era el apocalipsis trepidando: con un sólo jinete les bastaba. Me senté en una loma a ver la muerte. El sol va hacia el Oeste en el verano.

Cuando la tarde se apropió el crepúsculo y todo volvió a ser como la tarde, la quietud regresó apagando luces a lo largo de un réquiem de torcazas. La eternidad tenía un raro modo. Acomodó en las sombras su cansancio.

Los grillos afinaron el silencio y la luna subió por los nogales. Yo no me quise ir detrás del miedo, porque algo comenzaba y terminaba. Algo de no acabar tan simplemente. Algo de no empezar en ese instante. Entonces no miré todos mis rostros. Me estuve ahí nomás para olvidarme. Era la soledad del crecimiento creciendo por la altura de los árboles. Seguramente me faltaba olvido. Oscuramente elaboraba el alba. Después era rocío mi silencio y todas las estrellas me mojaban.

Yo regresé campana, alta la noche. La vida me tañía y me trizaba. Regresando de ahí debo haber dicho que la muerte no es quién para cercarme. El grillo continúa en mi silencio, sale de mi silencio a las guitarras. Lo escucho intacto mientras piso el mundo, padece mi silencio, pero canta. Cuando volví de ahí, volví conmigo izándole el velámen del mi-

lagro. La brújula era un niño hacia la vida. Yo era mi capitán y mi naufragio.

Sentí que me llamaban en la noche. Era el silbo del Toto. Su voz lejos. Contesté con un silbo novedoso. El silbo zanjonero, entrecortado.

—¡Aquí . . .! En el Puente . . .!,

dijo, y era sombra esa voz travesura de mi hermano. Sentí un ruido de cañas en la orilla, donde empezaba, cuando estuvo, el Barrio. Me manoteó el temor y en las tinieblas vi un bulto indiscernible que avanzaba. Bajé al Zanjón y levanté una piedra, caminé por el aire del espanto. Silbé de nuevo pero fue un suspiro. El Toto me silbó, gritó:

—¡Apurate!,

pero yo, hipnotizado por el miedo, quería ver al miedo cara a cara, porque esa cosa, sombra de la sombra, lenta en el viento lento, se acercaba. Inmensamente cerca, intuí sus formas: el modo de venir, el movimiento, me dolían los ojos de estar fijos, la luna no servía para nada,

Me dijo:

—¿Qué hace, m'hijo?

Y esa noche, supe la voz de la María Macho. Solté la piedra y corrí hacia el Puente.

—¿Qué hacés, güevón . . .?,

me reprochó mi hermano. Entonces me reí toda la luna y los dos regresamos caminando.

—¿Adónde te metiste? Hoy hubo guiso. Me llenaron al tope los dos tarros. —Dicen que van a darnos la vivienda. Sacaron al gobierno. Hay militares . . .

Volvimos, depredando, a los cuarteles, perdidos en un diálogo de páramo. Las palabras salían a morir. Yo tenía de duelo las palabras. El Toto me buscaba las historias, aquellas de acortar las caminatas. Pero todo era cierto y no podía.

El Barrio de Las Latas ya no estaba.

Guernica, Buenos Aires,
11 de diciembre de 1970.

INDICE

Largo día de verano, 9
Memoria del grillo, 13
La noción del mar, 15
Canción de largas calles, 19
Letanía de las viejas, 23
Mi hermano golondrina, 27
Los jotes, 31
El trufa, 33
Este tranvía . . ., 37
Amanecer bajo los puentes, 43
La huelga, 45
Mamá metáfora, 49
Lamentación de las comadres, 53
Raúl marinero, 55
La fonda del gitano, 57
Papá Galope, 59
Rosario por la Pancha, 61
La María Macho, 67
La noche, 71
La dinastía, 73
El miedo, 77
El boliche, 79
El cantor, 83
La salamanca, 85
Muerte del Tiburcio, 91
La lluvia, 95
La creciente, 99
El regreso del grillo, 103



Este libro se terminó de imprimir
en agosto de 1971, en
Artes Gráficas CARDEMAR
México 844
Buenos Aires

